

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

JUNIO DE 1937

AÑO VII

BUENOS AIRES

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

AÑO VII

JUNIO DE 1937

BUENOS AIRES

CUE
Ba
C

S U M A R I O

E M M A N U E L M O U N I E R

LA VIDA PRIVADA

E D U A R D O M A L L E A

NOCHE

A. R O L L A N D D E R E N E V I L L E

LA HORA FUERA DEL TIEMPO

J O S E L U I S R O M E R O

SOBRE EL ESPIRITU DE FACCION

E D U A R D O G O N Z A L E Z L A N U Z A

MAR ENLUNECIDO

V I C T O R I A O C A M P O

CARTA A FEDERICO GARCIA LORCA

N O T A S

CUESTIONES CIENTIFICAS DE NUESTRO TIEMPO — *José*

Babini: Los problemas de la Ciencia. — CENTENARIOS

Guillermo de Torre: Larra — *Jorge Luis Borges*:

Swinburne — CRITICA DE ARTE — *Attilio Rossi*:

IV Salón de Otoño de la Sociedad Argentina de

Artistas Plásticos. César López Claro en la

Galería Moody-MUSICA— Orquesta sin

batuta. - María de Maeztu. - V. O. El

proletariado de la mujer según

Mounier y según Bergamín

CALENDARIO

(Revista de

temas del

mes)

SUMARIO

EMMANUEL MONTE

LA VIDA PRIVADA

EDUARDO MALLA

NOCHE

A ROLLAND DE RENEVILLE

LA HORA FUERA DEL TIEMPO

JOSE LUIS ROMERO

SOBRE EL ESPIRITU DE FACCION

EDUARDO GONZALEZ LANUZA

MAK ENLUACIDO

VICTORIA OCAMPO

CARTA A PEDRO GARCIA TORCA

M O T A S

CUESTIONES CENTRICAS DE NUESTRO TIEMPO

Modelo Los problemas de la Ciencia - CENTENARIOS

Gobierno de Yare - Lina - Jorge Luis Borges

Switzerland - CRITICA DE ARTE - Adolfo Rosas

IV Salon de Dibujo de la Sociedad Argentina de

Artistas Plásticos César López Claro en la

Galeria Montoya - MUSICA - Orquesta sin

batuta - Notas de Musica - V O E

problemas de la mujer según

Montes y según Bergson

CALENDARIO

Revista de

literatura

mes

LA VIDA PRIVADA

Apología de la vida privada

El lenguaje identifica muchas veces vida personal y "vida interior". La expresión es ambigua. Dice, por cierto, que la persona precisa retiro, meditación, y que el espiritualizar la acción no se aviene bien con el predominio dado a la sensación, a la diversión, a la agitación, al acontecimiento visible. Pero puede dar a entender que se define la vida normal de la persona por cierto altivo aislamiento o cierta complacencia egoísta. Ahora bien; hemos visto que la persona se halla a sí misma cuando se da, por el aprendizaje de la comunidad.

Sólo que también sabemos que la persona no llega a la comunidad de buenas a primeras, ni llega nunca perfectamente. Para guardarse de tal ilusión es bueno que lo aprenda a su alrededor, con rigor exigente, en intercambios próximos y limitados. Al mismo tiempo que la preparan para la vida colectiva, estas tentativas modestas contribuirán a formarla en el conocimiento directo del hombre y de sí misma sin intermediarios ni sucedáneos. La vida privada cubre exactamente esta zona de ensayo de la persona, situada en el cruce de la vida interior y de la vida colectiva, la zona confusa pero vital en que arraigan una y otra.

Más de una vez en su historia el marxismo tachó a la vida privada de ser el reducto central de la vida burguesa que importa dismantelar, lo mismo que las bastillas del dinero, para establecer la sociedad socialista. La presenta entonces como vida de radio estrecho y de estilo mediocre, ligada a la economía caducada de la artesanía profesional o doméstica. También ve en ella la resistencia del empirismo a la racionalización social, del individuo a la penetración del Estado, el refugio envenenado de las influencias “reaccionarias”, una organización celular de resistencia a la revolución colectivista.

Nos plegaríamos de buena gana a una parte importante de esta crítica si se contentara con revelar el foco de podredumbre y fariseísmo cubierto con excesiva frecuencia por el honesto velo de la vida privada. Que en toda la zona corrompida por la decadencia burguesa los niños, según los términos mismos del *Manifiesto comunista*, se convierten en “simples objetos de comercio” o en “simples instrumentos de trabajo”, que tampoco la mujer tenga otra función que la de un “instrumento de producción”, que en cierto mundo “el matrimonio burgués sea en realidad la comunidad de las mujeres casadas”, nada es menos discutible. Bajo esta elegante podredumbre se estanca más tristemente todavía el pantano de la pequeña burguesía, mundo sin amor, incapaz de felicidad ni de angustia, lleno de avaricia sórdida y de lamentable indiferencia.

Pero todo esto no es sino que la mediocridad del hombre y la descomposición del régimen han contaminado la vida privada: seca por dentro por la indigencia del alma burguesa, recibe de fuera las aguas sucias del régimen, la corrupción del dinero, el egoísmo de las castas. Hoy no se la puede defender honradamente sin haber decidido desde un comienzo desinfectarla de toda esta pestilencia.

Si sólo se tratase de la pestilencia, muchos se quedarían ante la crítica con la conciencia satisfecha. Hay que perseguir la decadencia del heroísmo y de la santidad hasta en el círculo mágico de dulzura y de intimidad en que se cobijan con sus temores y sus niñerías todos los que abrigan con amor idólatra la calma de las atmósferas tibias, todos los que no conocen el hambre, la sed ni la inquietud, todos los que no tienen agonías, los ungidos, los protegidos, los que tienen lugar aparte. La seducción mortal del alma burguesa los ha embaucado con algunos seudo-valores: medida, paz, retiro, intimidad, pureza; los pintores “sensibles”, los poetas “delicados”, algunos filosofastros de salón la adornaron con gracias amaneradas; y hasta se proveyó de una religión de departamento, bonachona e indulgente, una religión de domingo, una teología para familias. Aun en estos cálidos refugios debemos perseguir la intimidad burguesa si queremos desintoxicar de ella a sus mejores

víctimas: ahí es donde la ternura mata al amor y la dulzura de vivir ahoga el sentido de la vida.

Pero tal rigor debe proceder de un sentido más exigente de la vida privada auténtica, no de una insensibilidad frente a los valores privados. Nuestra crítica, aun cuando denuncia los mismos males, queda a cien leguas del racionalismo grosero para el cual la vida privada, así como la interior, es una sobrevivencia reaccionaria o, como dicen nuestros pedantes, una forma de "onanismo místico".

Por su corto radio, que la expone al particularismo y a la mediocridad, y la mantiene bajo el ataque directo de los egoísmos individuales, la vida privada está por cierto constantemente amenazada de intoxicación, como la vida pública está constantemente amenazada de dispersión. Sólo vale por la calidad de la vida interior y la vitalidad del medio. No por eso deja de ser el campo de ensayo de nuestra libertad, la zona experimental en que toda convicción, toda ideología, toda pretensión debe atravesar la experiencia de la debilidad y abandonar la mentira, y el verdadero lugar donde, en las comunidades elementales, se forja el sentido de la responsabilidad. En esto es tan indispensable para la formación del hombre como para la solidez de la ciudad. No se opone a la vida interior ni a la vida pública, prepara a ambas a comunicarse sus virtudes.

La mujer es también una persona

La deformación política que se ensaña en nuestra época no ha desvalorizado solamente los problemas de la vida privada: ha falseado toda su perspectiva. La opinión pública parece plantearse únicamente problemas de hombres, en que sólo los hombres tienen la palabra. Varios cientos de miles de obreros trastornan la historia en cada país porque se han dado cuenta de su opresión. Un proletariado espiritual cien veces más numeroso, el de la mujer, continúa fuera de la historia sin causar asombro. Su situación moral no es sin embargo más envidiable, pese a apariencias más brillantes. La imposibilidad, para la persona, de nacer a su vida propia, — que a nuestro parecer define el proletariado más esencialmente todavía que la miseria material, — es el destino de casi todas las mujeres, ricas y pobres, burguesas, obreras y campesinas. Cuando niñas, les han poblado el mundo de misterios, de espantos, de tabús especiales para ellas. Después, sobre ese angustioso universo que no las abandonará más, les han corrido de una vez por todas la cortina frágil, la prisión florida, pero hermética de la falsa feminidad. La mayor parte nunca encontrará escape. Desde ese momento viven con la imaginación no una vida de conquista, una vida abierta, como el muchacho, sino un destino de vencidas, destino cerrado, que ellas no pueden modificar. Se las instala en la sumisión: no la que puede coronar más allá de la persona el

don que de sí mismo hace un ser libre, sino la que, por debajo de la persona, es renunciamiento anticipado a su vocación espiritual.

Quince años, veinte años: un milagro las invade; durante dos, tres o cinco años, su plenitud les da una especie de autoridad recobrada, a menos que, insuficientemente preparadas para dirigir la llama, se asusten y la apaguen. Algunas, privilegiadas o más audaces, llegan a escapar en el momento oportuno, hacia un destino personal elegido y amado. La masa de las otras se aglomera a la madeja oscura y amorfa de la feminidad. Su pobre vida apenas se distingue como un hilo que pende y flota sin utilidad. Los hombres saben lo que se les va a pedir en la vida: ser buenos técnicos en algo y buenos ciudadanos. Los que no piensan o no pueden pensar en su persona, tienen por lo menos desde la adolescencia ciertos modos seguros de dominar las grandes formas de su porvenir. Siglos de experiencia y de endurecimiento en los puestos de mando han fijado el tipo viril. ¿Quién habla de misterio masculino? Pero ellas vagan. Vagan en sí mismas buscando una naturaleza que ignoran. Giran alrededor de la ciudad que les cierra las puertas. Son seres en perpetua espera, desorientados. Hay algunas que entretejen su vida alrededor de una aguja, de bordados (18 años), del canastillo (30 años) y de los zurcidos (60 años). Hay otras que por no poder constituirse en personas se forjan la ilusión de hacerlo exasperando una feminidad vengadora

y corren desesperadamente tras la belleza. He ahí esas máquinas perfectas y limpias que dieron su alma a las cosas y llevaron la mitad de la humanidad al triunfo titánico sobre el polvo, a la creación de la buena comida. He ahí el ejército de las desequilibradas, arrebatadas por el doble vértigo del vientre vacío y de la cabeza hueca. He ahí las filas tan olvidadas, tan ociosas de las mujeres solas. Y a través de este caos de destinos destruidos, vidas en vela, fuerzas perdidas, la más rica reserva de la humanidad, sin duda, una reserva de amor como para hacer estallar la ciudad de los hombres, la ciudad dura, egoísta, avara y embustera de los hombres.

Fuerza casi intacta todavía. Nadie cree cuán en lo cierto se está al hablar de derroche. En lugar de desarrollar el milagro de amor que existe en la mujer, de hacerlo perfecto en cada una para que ella pueda dárselo luego a la comunidad, se lo ha transformado en una mercancía como otra cualquiera, en una fuerza como otra cualquiera, en el juego de las mercancías y las fuerzas. Mercancía para reposo o adorno del guerrero. Mercancía para el desarrollo de los asuntos de familia. *Objeto* (como tan bien dicen) de placer y de intercambio.

¿Qué necesitan, pues, para convertirse en personas? Quererlo, y recibir un reglamento de vida que se lo permita. ¿Que no lo desean? ¿No es precisamente el síntoma del mal?

Por lo demás, esta inercia de la parte interesada no es la dificultad principal. Sobre la naturaleza de la persona femenina, sabemos todavía muy poco: el “eterno femenino”, los “trabajos naturales a su sexo”, temas que han surgido del egoísmo y del sentimentalismo masculinos. En un linaje que durante milenios ha sido alejado de la vida pública, de la creación intelectual y muchas veces de la vida, lisa y llanamente, que en su confinamiento se ha habituado al olvido, a la timidez, a un sentimiento tenaz y paralizador de su inferioridad, en un linaje en que de madres a hijas ciertos elementos esenciales del organismo espiritual humano se han dejado en bruto y han podido atrofiarse durante siglos, ¿cómo discernir lo que es naturaleza, lo que es artificio, supresión o desviación por la historia? Sabemos que la mujer está hondamente marcada en su equilibrio fisiológico y espiritual, por una función: el parto, y por una vocación: la maternidad. Es todo. El resto de nuestras afirmaciones es una mezcla de ignorancia desordenada y de mucha presunción.

¿Afirmaremos por esto la identidad de la mujer y el hombre? Sería abusar en sentido inverso de la misma ignorancia. Digamos simplemente: dejando a un lado la maternidad, cuyas resonancias generales conocemos mal por lo demás, no sabemos a ciencia cierta si existe la feminidad como modo radical de la persona ni qué cosa sea. Sería grave error tomar por atributos esenciales los ca-

racteres sexuales secundarios, aun los psicológicos, que no son sino aspectos de la individualidad biológica de la mujer. Un error práctico más grave sería creer que se desarrolla su vocación espiritual acentuando artificialmente la feminidad pintoresca. Ciertamente la persona de la mujer no está separada de sus funciones, pero la persona se constituye siempre más allá de los aportes funcionales y muchas veces en lucha contra ellos. Si en el universo humano hay un principio femenino, complementario o antagónico de un principio masculino, se precisa todavía una larga experiencia para desprenderlo de sus sobreestructuras históricas: apenas empieza. Se necesitarán generaciones; habrá que tantear, alternar la audacia, sin la cual tardaría el experimento, con la prudencia que exige no sacrificar personas a ensayos de laboratorio; algunas veces habrá que tener la apariencia de decidirse contra lo que se llama "la naturaleza" para ver dónde se detiene la verdadera naturaleza.

Entonces poco a poco la feminidad se desprenderá sin duda del artificio, se hallará en líneas que no sospechamos, abandonará caminos que creíamos trazados para la eternidad. Al encontrarse se perderá. Queremos decir que no se constituirá más, como hoy, en un mundo cerrado, en gran parte artificial, falsamente misterioso por su reclusión. Deslastrada de los fáciles misterios de engañifa, llegará quizás a ciertos grandes misterios metafísicos, desde donde

se pondrá en comunicación con toda la humanidad en lugar de quedar como digresión en la historia de la humanidad. Enseñará quizás al hombre satisfecho con su racionalismo fácil, que el “misterio femenino” es más exigente que la imagen complaciente que él se figura, y le empujará a su propio misterio.

De paso habrá roto el círculo mágico del mundo artificial y turbio, extraño a la ciudad de los hombres, en que el hombre la mantiene todavía contra todos sus instintos. Puede romperlo por el lado de la suficiencia viril, de su racionalismo de cortos alcances, de su sequedad de corazón y de su brutalidad de conducta: lo ha intentado, pero no parece haber tenido éxito. Pero también puede franquearlo por el lado de la inmensa zona desdeñada por el hombre moderno y cuyo centro es el amor. Si osara hacerlo, ella y sólo ella trastornaría la historia y el destino del hombre. Soñamos con la ciudad en que colaboraría con toda la riqueza de una fuerza no empleada. ¡Tanto como valen la boleta de sufragio y algunas reivindicaciones pretenciosas de sobras que el hombre ya no quiere! Entonces la mujer no habrá conquistado solamente su parte en la vida pública, habrá desinfectado su vida privada, habrá elevado a la dignidad de persona a millones de seres desorientados y, asegurando el relevo del hombre desfalleciente, habrá encontrado en sí misma los valores primeros de un humanismo integral.

De la familia celular a la familia comunitaria

Si el racionalismo ve con malos ojos la persona porque presente en ella lo irracional fundamental, la familia, irracional de irracionales, no debe satisfacerle mucho más. Una sociedad fundada sobre el simple azar del nacimiento, medio artesana, a la cual la mezcla de niños y adultos, vuelve rebelde a toda sistematización sólo puede irritar a la razón pura. Por el contrario, una civilización más sensible a los valores de la persona que a los de la razón geométrica ve en la institución de la familia una adquisición definitiva, el medio humano óptimo para la formación de la persona.

Así es la familia, por lo menos, en su perfección acabada. De esta comunidad viviente a la familia que nos es dada históricamente, hay una desviación que basta para justificar un proceso.

De hecho, requiere dos procesos.

El primero es un proceso histórico trivial. Alrededor de un tema esencial, la institución de la familia ha conocido disposiciones diversas. Cada época se siente inclinada a confundir uno de sus modos pasajeros, el que ella abriga, con los valores permanentes a los que ese modo imprime fisonomía. Es lo que hacen hoy gran número de fieles y de adversarios de la familia. A unos y otros les parece enlazada a una economía artesana (ahorro, cocina y mantenimiento de familia), o con valores territoriales (casa

de familia), y hasta feudales (cierto autoritarismo paterno en la elección de carrera, matrimonio, etc.). Como una evolución de las costumbres y de las instituciones ha venido a atacar estas sobrevivencias puramente sociológicas, ciertas almas de Dios se alarman y creen que por eso la institución vacila sobre sus bases. Y entonces para salvarla se refugian en ideologías de defensa, propiamente hablando reaccionarias, condenadas por el desarrollo de la historia sin que en verdad se hayan impuesto. De esta manera comprometen realmente lo que desean salvar, con gran provecho de los verdaderos enemigos de la familia.

Los defensores celosos de lo eterno han pecado siempre de falta de imaginación. ¿Cómo reconocer lo eterno sino en que se sobrevive, contra las previsiones de los espíritus estrechos, tras las diferencias materiales de aspecto radical que le impone la sucesión de los tiempos? Bajo estas viejas formas la artesanía de la familia es cosa concluída, como la artesanía profesional; cualesquiera que sean las cualidades inventivas que puedan emplear en la complicación de su cocina las treinta dueñas de casa de un gran inmueble o de un grupo de habitaciones, difícilmente se nos hará creer que la espiritualidad total del inmueble quedaría menoscabada si servicios comunes pusieran en libertad, para obras más personales, ese agotador derroche de energía. En cuanto a los bienes de familia, los novelistas no nos han enseñado que sean espe-

cialmente generadores de solidaridad familiar. Cuando el amor y la verdadera autoridad no han sido atacados, la mujer y el niño no han hecho sino ganar con la decadencia del autoritarismo familiar. ¿Y entonces? Entonces es preciso tener el talento de no confundir conservadorismo y fidelidad, y la familia, en lugar de comprometerse en restauraciones académicas, hallará en formas nuevas una reafirmación de sus estructuras fundamentales.

Pero con considerar esta adaptación histórica normal no se ha dicho todo. Los defensores de la familia parecen admitir de ordinario en su exuberancia apologética que la familia es por sí sola, como por gracia automática, un medio favorable para la expansión espiritual de sus miembros. ¿Por qué fingir que de este modo sea, por inesperado privilegio, una sociedad espiritual pura? Básicamente sociedad funcional, puede engendrar el conformismo, la hipocresía y la opresión como toda sociedad, aun natural. La familia, "régimen celular": la palabra escandalizó en otros tiempos. Se fingió creer que sólo atacaba a monstruos. Pues bien, no. Hay que tener el valor de decir que la familia, y muchas veces la mejor, mata espiritualmente, por su estrechez, su avaricia, sus terrores o sus automatismos tiránicos, tantas o quizá más personas que las que hace zozobrar la descomposición de los hogares. Hay que tener la lucidez de observar que se precisa una vigilancia heroica para no convertir el conglomerado de sus hábitos en un

peso que ahogará, a veces bajo la ternura misma, las vocaciones divergentes de sus miembros. Raramente posee tal valor, tal heroísmo. Si se fuerza la apología de las virtudes familiares sin denunciar con tanto ardor espiritual el peligro de las inercias familiares, se asegura quizá el respeto público de la familia, pero se la abandona a una descomposición lenta por obra de sus enemigos internos.

Este tipo de celosa defensa es una especialidad de la decadencia burguesa. Y en cuanto a "su" familia, no está lejos de haber hecho de ella una sociedad comercial cuyos actos decisivos se regulan todos por intereses de dinero. En ella el amor está determinado por el nivel de la clase y la cuantía del dote, la fidelidad por el código de la consideración y del prestigio, los nacimientos por las exigencias de la comodidad. En ella el matrimonio oscila entre la orden de pago y la extensión de un negocio, entre la operación publicitaria y la subvención. Y siempre la mujer sirve de mercancía. Los mismos que cumplen así con su fidelidad a las tradiciones mantienen salarios obreros que obligan a la mujer a hacer una jornada entera de usina para alimentar a los hijos con que se la honra; o salarios femeninos que llevan a alguna forma de prostitución a la mayor parte del proletariado femenino de las ciudades. Una acción puramente moral que en la defensa de la familia excluyera de su campo las responsabilidades abru-

madoras de una economía inhumana y de la moral farisaica proveniente de las clases ricas, no puede ser más que una acción de burgués satisfecho. Le negamos toda autoridad.

Así como no se reduce a una asociación comercial, tampoco se reduce la familia a una asociación biológica o funcional. No ver en el matrimonio sino los problemas de adaptación y no la lucha que emprenden dos personas, una por la otra, una contra la otra, hacia una invención jamás definitiva es no encontrar bien pronto en ella otra materia que una técnica de selección sexual y de eugenesia. En esta perspectiva de los biólogos filósofos, no hay otros problemas que los relacionados con la especie (o la raza), no los que se refieren a las personas: aparear biológicamente la pareja, hacerla proliferar y seleccionar el producto, para asegurar el predominio cualitativo y cuantitativo de la raza sobre las concurrentes, o por el contrario limitar los nacimientos para asegurar al conjunto de la especie un mínimo de comodidad, — problemas de cría de ganado. La ley que prevalece en ella es evidentemente la del más fuerte; en especial la del hombre. El se reservará las tareas nobles y entregará a la mujer todos los trabajos serviles en virtud de la “ley natural de su sexo”, del “genio femenino” que, como por casualidad, resulta exactamente complementario de la comodidad y de las satisfacciones del hombre: culinario, casero, amoroso. Para este orden es bueno que la mujer

no tenga otra vocación que la vocación — o el capricho — del marido, que no aspire a otra vida espiritual sino a lo sumo por delegación e interpósita persona. El punto de vista biológico puro va a parar siempre en una opresión.

Además de sus funciones internas, la familia es por función externa una célula de la ciudad. Nueva conquista del funcionalismo sobre las personas que protege. Todos los regímenes totalitarios, estadistas o nacionalistas, la reducen así a una sociedad política al servicio de la nación. Y no son los únicos. A veces oímos elogiar, en los mismos medios bien-pensantes que por lo demás alardean de su vinculación con el personalismo cristiano, su “política de la familia”, su “política de la natalidad”. ¿Qué quiere decir eso? Tener hijos es ante todo hacer personas, y no ante todo, o exclusivamente, pequeños contribuyentes anónimos que multiplicarán los presupuestos, pequeños soldados anónimos que reforzarán los ejércitos, pequeños fascistas o comunistas anónimos que perpetuarán el conformismo establecido. El natalismo de los ministros, de los militares y de los dictadores podrá detener el maltusianismo pero trastorna radicalmente el sentido de una comunidad que está orientada en primer término hacia las personas que la componen y no a la sociedad nacional que la utiliza. Un resultado utilitario jamás ha excusado un extravío espiritual.

¿Qué decir, por último, del juridismo avaro, totalitario en

pequeño, que regula los asuntos exteriores de la familia burguesa? Anárquica y tirana a la vez, es el más elemental de esos productos sociales, agresivos por fuera, opresores por dentro, que forman los egoísmos al aglutinarse. Constituída en sociedad cerrada, fórmase a imagen del individuo que le presenta el mundo burgués: el sentido de la vocación y del servicio están igualmente ahogados por la preocupación igualitaria y el espíritu de reivindicación; el interés, la voluntad de poder o más comunmente la complicidad en la comodidad expulsan toda mística; las traiciones se cubren con la misma máscara de rigidez hipócrita. Todos los medios convergen para apretar estos egoísmos sobre la fuerza que les da su asociación; espíritu de familia, honor de la familia, tradiciones de la familia, todas las grandes palabras se emplean para disimular el nudo de víboras que no se quiere desatar. Ciudades de provincia, vestidas de blancura y de lino para el turista enternecido, y protectoras sin duda de tantas fidelidades heroicas, ¡cuántos desesperados encerráis! Vuestro corazón erizado de odio y de desprecio, vuestros retiros que hierven de envidias, de espionajes, de conciliábulos, de estupidez, de despecho, ¿éste es el viejo tesoro de civilización que debemos salvar? Algunos hijos pródigos les escupieron a la cara a esos fariseos la rebelión de una infancia demasiado tiempo reprimida. Su decisión no es siempre segura, ni su requisitoria siempre mesurada: ¿acaso el desorden engendra otra

cosa que el desorden? Pero son la señal de aviso de una opresión secreta: en nuestras ciudades adornadas para el extranjero, hay cien prisiones oscuras, en que innumerables personas son muertas a fuego lento bajo la protección de la ley, y en que la infancia aborta antes de haber presentado siquiera el llamado de su vida. No hay dictador visible, sino dictadura invisible, la del espíritu burgués, la de la hipocresía burguesa. Salvar la familia, sí, pero para salvarla descubrir esas plagas agusanadas que se prolongan al tenerlas cerradas, y llevar el hierro rojo a la herida en que remedios menos enérgicos no han tenido efecto.

Ninguna de las críticas precedentes tiende a disolver la familia en una supuesta sociedad anárquica ideal. La familia está encarnada como la persona: en una función biológica, en cuadros sociales, en una ciudad. No es, pues, solamente un grupo accidental de individuos ni aun de personas. Por su carne, es algo dado, y por consiguiente cierta aventura ofrecida, cierto servicio exigido, ciertas limitaciones exigidas también a estas personas. Los individuos tienen que sacrificarle su particularismo, así como ella debe sacrificar el suyo en bien de un número mayor. Sólo una frontera permanece intangible: la de las personas y de su vocación. Lejos de tener que sometérselas, la familia es por el contrario un instrumento, a su servicio, degenera si las detiene, si las desvía o las retarda en el camino que tienen que descubrir. La

autoridad misma, que le es orgánicamente necesaria como a toda sociedad, es en ella servicio más bien que relación de derecho estricto. Función biológica y función social la arraigan en una materia, viviente o muerta según el vigor de su alma. Y esta alma se revela en la búsqueda libre (primero por dos personas, después por varias, a medida que se constituye la persona de los hijos) de una comunidad dirigida hacia la realización mutua de cada cual. *Tal comunidad de personas no es automática ni infalible. Es un riesgo por correr, un compromiso por fecundar. Pero sólo a condición de que tienda a ella con todo su esfuerzo, de que irradie ya su gracia, podemos llamar a la familia sociedad espiritual.*

La persona de la mujer casada

Llamada a su misión de persona, la mujer casada ya no puede ser en la familia el simple instrumento o reflejo pasivo del marido. No creemos que su “liberación” tenga “como condición primera la entrada de todo el sexo femenino en la industria pública” (Engels), ni que las tareas del hogar estén afectadas por no sé qué coeficiente especial de indignidad. Hasta es ridículo, tratándose de una unión sellada por el amor, ver una dependencia

intolerable en el hecho de que la mujer llegue a vivir, si es necesario, del salario de su marido.

Pero el amor ni está presente siempre ni lo resuelve todo. Si tantos matrimonios de la pequeña y la gran burguesía se atan con tan irreflexiva precipitación para llegar a otros tantos lamentables fracasos, ello se debe en gran parte a que la joven, en lugar de ser educada para sí misma, está condenada por la educación burguesa a esperar del matrimonio tanto su subsistencia material como su subsistencia espiritual. Fomentado por la institución bárbara del dote, un cálculo inevitable viene entonces a torcer en la mujer la elección libre. La condición primera para que en toda hipótesis quede asegurada la independencia de elección frente a las presiones económicas es que toda joven adquiera un saber eventualmente remunerador. Con ello no ganará solamente la autonomía material. Si el trabajo es una disciplina indispensable para la formación y el equilibrio de la persona; si, como dicen, la ociosidad es el terreno común de todos los vicios, no vemos por qué la mujer habría de escapar a la ley común. El mal de la mayor parte de las mujeres ha empezado por fermentar en la holgazanería: lenta tentación, desde el temor a la vida solitaria y la confusión del celibato, hasta aletargarse lentamente en las tareas materiales o en las diversiones mundanas.

El ejercicio de una profesión para la mujer casada se pre-

senta bajo aspectos mucho más complejos que su aprendizaje por la joven. Hasta la maternidad, podrá servirle de excelente antidoto contra el egoísmo de la pareja y el sentimentalismo confinado del aislamiento. Si en general el hijo le imposibilita su pleno ejercicio, conviene que la mujer mantenga contacto con el exterior por un oficio de media o cuarta jornada (al que la legislación y la organización profesional deberán hacer su lugar) o sea por una ocupación benévola. La inhumanidad del régimen actual que obliga a la mujer pobre al trabajo forzado y la arranca a su hogar, los excesos de cierta concepción marxista no justifican de ninguna manera la necia reacción de una “vuelta al hogar” materialmente concebida y sistemáticamente aplicada, que perjudicaría a la mujer en la forma más completa; sacrificaría la adaptación viva de la mujer a su marido y a sus hijos, a la ilusión de una promiscuidad material aumentada. ¿No se aliviaría considerablemente la presencia física de la mujer en el hogar si se hiciese un esfuerzo para difundir la maquinaria doméstica, si el marido aceptara una repartición más equitativa de las cargas materiales, si se diese menos importancia a los refinamientos de cierta comodidad burguesa y si se difundiese una concepción mejor de la necesidad que existe, tanto para bien de la pareja como para el de los hijos, de no confundir intimidad y promiscuidad permanente?

En toda hipótesis la mujer casada debe tener goce pleno del

producto de su trabajo, en igualdad de derechos y obligaciones con el marido: salario igual a trabajo igual, y libre disposición del salario, con contribución igual para los gastos de la casa en caso de trabajo exterior remunerado; con derecho al salario doméstico tomado sobre el salario del marido, en caso de trabajo doméstico a domicilio. Es de desear, por cierto, que la comunidad familiar esté tan bien establecida que pueda burlar toda jurisdicción. Pero la ley debe disponerse teniendo en cuenta el mayor riesgo y no los éxitos felices. Y su papel es llevar orden allí donde el amor la haría inútil.

Sólo a partir de tales garantías mínimas, sancionadas por la legislación, el destino de la mujer dejará de estar a merced de su poder adquisitivo, y el apego a su hogar dejará de significar para ella el renunciamiento a toda vida personal, el repliegue sobre el genio doméstico. El autoritarismo masculino que todavía rige nuestra vida familiar sufrirá quizá, pero no la autoridad verdadera; y sólo entonces la familia esencial, comunidad de personas, comenzará para la mayoría a desprenderse de las formas inferiores de asociación.

La persona del niño

La educación del niño es un aprendizaje de la libertad por colaboración de la tutela y de sus potencias espontáneas. Lo que hemos dicho de la protección del niño contra el Estado vale para la familia en la medida en que ésta tiende a degradarse de comunidad personal en sociedad cerrada. Como la mujer, tampoco el niño es un instrumento de la continuidad social o comercial de la familia o de los propósitos que ésta forma a su respecto. La familia no tiene otra misión que ser tutora de su vocación. Todos sus esfuerzos deben encaminarse a darle juego sin ilusiones y a alentarla sin mal humor. La ciencia y las costumbres dominantes hoy, que son ciencia y costumbres de varones y adultos, desconocen el mundo de la niñez, su maravillosa realidad, sus exigencias, su fragilidad, aun más todavía que el mundo de las mujeres. Lo desconocen y lo desprecian. Nos guardamos muy bien de idealizar ingenuamente la infancia, que nos presenta formas brutas del instinto y de una "naturaleza" que no es toda angelical. Sin embargo es el jardín milagroso en que podemos enseñar y conservar en el hombre la libertad, el desinterés y la naturalidad que había olvidado. Cada infancia que protegemos, que fortificamos despojándola al mismo tiempo de sus puerilidades, que llevamos hasta

la edad adulta, es una persona más que arrancamos a la invasión del espíritu burgués, y en cualquier sociedad, sea cual fuere, es una persona más que arrancamos a la muerte del conformismo. Es una fuente que guardamos viva. Ni para el Estado ni tampoco para la familia el interés en el niño debe ser un intento de apoderarse de él. El liberalismo lo ha visto bien, pero, invirtiendo el error, deja el niño a merced de todos los determinismos de su instinto y de su medio so pretexto de no intervenir. Una educación personalista es “intervencionista”, pero tiene como fin constante el desarrollo de la persona como tal. La mejor protección del niño contra las sociedades cerradas que le amenazan será aquí hacerlas funcionar en concurrencia con título y grado diverso (familia, escuela, cuerpo educativo, Estado), a fin de asegurar la limitación recíproca de sus abusos.

El medio familiar es el más natural para la expansión del niño. Importa sin embargo limitar el contacto del niño con el adulto organizándole una vida propia en la sociedad de los niños de su edad; arrancarlo al egoísmo y a la promiscuidad de la familia, sociedad cerrada, sin separarlo de ninguna manera de la familia-comunidad. Para asegurar muy pronto este oro de la vida privada importa regularizar la vida pública del niño, en organizaciones libres a elección de la familia (*nurseries*, jardín de infantes, *boy-scouts*, etc...). La educación velará también sobre

el momento crítico en que el adolescente debe soltar la amarra demasiado apretada que lo ataba al puerto familiar para adquirir la libertad que será su virtud de adulto.

La familia en extensión

El predominio de la propiedad territorial ha podido justificar la concepción territorial de la familia, englobando numerosas ramas bajo la autoridad legal o simplemente moral de un mismo jefe. La evolución que ha comprimido a la familia, sobre la descendencia en línea directa, al simplificar la red familiar, es un feliz progreso para el activo de la persona. Las supervivencias del régimen patriarcal en una sociedad en que ha perdido su alma manifiestan bastante el peso que esos conformismos colectivos tienen sobre los dramas individuales.

Una familia viviente, en un régimen viviente, en condiciones económicas humanas, es naturalmente fecunda. La natalidad de un país no se aumenta con medios externos y primas al interés, sino dándole una economía equitativa y una fe. Expliquemos todavía que, si la natalidad no ha de hallar límite en el egoísmo de la pareja, está subordinada a la salvaguardia de la persona.

física y moral de los padres y de cada uno de los hijos. Una concepción puramente cuantitativa de la maternidad, que no tuviera en cuenta los problemas difíciles planteados por esta exigencia primordial, un natalismo inspirado únicamente por la potencia del Estado o la fuerza de la raza (elementos no despreciables pero secundarios) serían concepciones puramente materialistas, a pesar del equívoco de las propagandas.

La familia es una comunidad natural de personas; es, pues, superior al Estado, que no es más que un poder de jurisdicción. Sus derechos, posteriores a los de sus miembros, son anteriores a los del Estado para todo lo que respecta a su existencia como comunidad y al bien de sus miembros como personas. Sin embargo está limitada por el Estado, director de la nación, y eventualmente por el representante jurídico de la comunidad internacional, en la medida, total y única, en que ella y sus miembros no son respecto de estas sociedades sino individuos partes de un todo. En virtud de una función que definiremos más adelante, dichos Poderes, superiores en extensión, tienen derecho de vigilar e intervenir en sus actos en los límites ya indicados, y paralelamente tienen el derecho de proteger a las personas contra los posibles abusos internos dentro de la familia.

EMMANUEL MOUNIER

N O C H E (*)

Yo caminaba por una de las avenidas más grandes de la ciudad. No sé exactamente en qué barrio; era de noche. Muros y aceras calcinados; piedras calcinadas. Y los edificios, todos demasiado recientes, como madréporas monstruosas sorbiendo el aire frío y oscuro, el inmóvil aliento de otoño en lo intrincado de la urbe, allí donde el pico de gas ha dejado todavía su brazo muerto y la electricidad vibra en su seca y luminosa precocidad. Llantos lloraba el desierto en mitad de la población tan poblada, y toda esa regular monotonía de la gente tenía algo inanimado y abstracto, algo terriblemente inhumano, en la noche de frío y sequedad; rodando por el asfalto que circunda las plazas bailaba, árido, un viento juglar, viento que se parecía a un hombre enajenado en su danza infinitamente inútil y desolada. Igual que un halo llevaba yo el martirio de muchas semanas solitarias — semanas en que ni un rostro, ni una palabra, ni un gesto venían a interrumpir mi trabajo de sol a luna en el pequeño hotel de la plaza. Perduraba no se qué signo de muerte en aquel mes blanco, en aquel largo

(*) *Fragmento de una obra en prensa.*

mes inhabitado. Y así fuí a sentarme, también yo blanco e inhabitado, en uno de los bancos de la plazoleta, en aquel punto exacto donde todo parecía haber concluído, habitantes y casas y luces, con excepción del frío, en el confín de la avenida. Así mi convergencia humana era sólo con el tiempo, la intemperie, la variedad sideral, a las once de la noche, aquel día de abril.

Vino como algo repentino esa imagen, como algo que me viniera traído no por una brisa casual mas por el viento interior del país, el que se arrastra y deviene tiempo girando de norte a sur, desde los Andes al litoral, a Buenos Aires.

Era la imagen de un hombre a la puerta de una vivienda. El hombre estaba ahí, de pie. La mujer estaba adentro, yacente; después del parto había sobrevenido el delirio. Pero la criatura recién nacida había sido salvada, llevada tres días antes en una precaria ambulancia. Y el hombre estaba ahora a la puerta de la vivienda, caídas las manos que surcaban gruesas nervaduras, los tristes ojos obstinadamente fijos en la lluvia que no había cesado de caer durante dos semanas consecutivas. A lo largo de setenta kilómetros todo lo sembrado estaba perdido, perdido el cereal, las espigas, la tierra ablandada, sobresaturada, hecha fango. Estaba él ahí parado, con viejas botas, con un viejo saco de gamuza, dentro; la mirada viril y sin alucinación fija en la tarde de soledad y

diluvio; el alma aterida — pero cada vez más concentrada, cada vez más fuerte en su voluntad íntegra y en su desafío al desatado furor de la tierra. Pero ¿cuándo, cuándo iba a acabar ese torrente, esa precipitación fluvial, constante, regular, tenaz, idéntica en su modo de morder la tierra sobre el infinito de leguas?... Miraba: veía la cortina lluviosa, y el humus parecido a una niebla horizontal y la impregnación gris de todas las cosas; los pastos grises, el suelo gris, la lluvia gris, el cielo gris mucho más oscuro: plúmbeo, denso. Y el ruido isócrono y lento, dispuesto a durar, regular y descansado, el ruido de la lluvia instalada en la tarde, las noches, los días — el ruido huésped, el ruido habitante del tiempo. En el interior de la vivienda, a sus espaldas, el delirio de la crisis reducido sólo a aquellas dos palabras: "...volverán... vendrán... volverán... ven...", largo y musitado como un susurro, y tan regular y lento y sostenido como la propia lluvia... Las siete, las siete de la tarde, hora de oración. Y el campo solitario y las leguas solitarias: al este las montañas, el oeste el soñoliento río, al sur y al norte pastos y pastos corriendo... la planicie; casi el desierto hasta el otro establecimiento... Este hombre padece. Su frente está sombría, apenas plegada sobre la nariz, en la confluencia de las cejas negras sobre la piel morena, pálida allí donde la piel se ahueca entre los ojos y los maxilares. Y el resto de los hombres — los tres peones — se han ido: atraídos por dis-

tintos menesteres accidentales de la vida, una pequeña herencia, una muerte familiar, una compra de ganado. Sí, están ausentes.

Al fin recogió él la mirada, volvió la cabeza hacia adentro y, en la casi penumbra, observó un instante el rostro vuelto hacia arriba, entre las ropas blancas de la cama a medio deshacer, los dientes blancos visibles bajo el rictus labial amargo y sufriente, los ojos sin movimiento, aparentemente presos por la cal muerta del techo, el brazo amarillo inerte sobre la manta. Salió al corredor, buscó la cazuela y la llevó adentro y fué a la pequeña cocina; luego se oyó el otro ruido, sobre el fondo de silencio terrible, el ruido del agua al hervir. Y volvió al gran cuarto, al salón — adonde la había trasladado al sobrevenir los primeros dolores a fin de que estuviera mejor que en el dormitorio, — para mirarla, observar los ojos, el ritmo de la respiración, tal como se lo habían indicado. Fué como si no se le aproximara, para ella; siguió la rigidez, continuaba el delirio con la misma desesperada precipitación. El se sentó, recogió el libro del suelo y, una vez más, no pudo leer. Esperó. Luego volvió a la cocina y trajo a la mesa el recipiente humeante. El salón era grande y la puerta podía quedar abierta sin que entrara frío; la intemperie estaba invadida por el torrente, el viento espantado. Trajo agua y un poco de vino negro, y pan. Y después de hacer otros arreglos minuciosos, se sentó fatigado junto a la pequeña mesa de nogal grueso, cuya vasta superficie estaba herida por el frote y el choque de las fuentes. Como un frote inin-

terrumpido era el rumor externo, la caída de agua que en aquellas dos semanas no había dado al sol alternativa sino tan solo admitido ciertas pausas nubladas, tan tormentosamente hoscas como el diluvio mismo al que se emparentaban. Aún las maderas interiores de la casa parecían haber sido impregnadas y reblandecidas; la cal de las paredes externas tenía el color del lienzo húmedo. El tiempo estaba detenido; temporalmente, nada se habría creído sujeto a crecimiento en el gran cuarto adonde no tardaría él en prender la lámpara, donde se alternaban ahora la sombra y la luz agonizante del diluvio. Las aves, el ganado estaban refugiados; ni un signo humano sensible en quién sabe cuantas leguas a la redonda; ni una voz que hubiera respondido a un grito, sino el espacio, el espacio, el espacio — y el agua. Y así todo el ánimo concentrado del hombre estaba vuelto, adherido, acosado de frente por el delirio no interrumpido de la mujer exhausta en las sábanas. Por un instante, mientras cortaba, sin apetito, el pan, volcaba el vino — su imaginación recogió, en espíritu, una visión rápida, y fué la de las especies vivas que físicamente estaban más cerca de él en ese instante: los reptiles dormidos en roscas de brillo acuoso, la bella y repelente cabeza hurtada al agua, escondida; los caballos y los vacunos refugiados; los perros, las lechuzas, los caranchos, las mil aves distintas acurrucadas en sus abrigos. Comía taciturnamente. Pero no había perdido la esperanza. Ni el coraje. Estaba de frente,

en la mesa, a la cama del opuesto, distante rincón, a la cama pequeña con su desarreglo de ropa junto al hueco vacío de la chimenea; y el rostro amarillo-cerúleo de la mujer parecía, al crecer la oscuridad en ese ángulo del salón, moreno, casi negro. No sentía él propensión alguna por el llanto o la desesperación histérica; todo eso le parecía inútil y desdeñable frente a la necesidad de no ceder, de vencer, de endurecerse. Uno tras otro veníanle los golpes de la angustia física, sentía un latido precipitado del corazón sin otro trastorno, sin trastorno anímico, sino como si el corazón solo fuera a claudicar y ceder. Mientras su ánimo no temblara — mientras su ánimo no temblara podría resistir la canción solitaria de su imaginación y el triste volar de su pensamiento en el abominable destino de la noche. Veía el país, las masas de hombres urgidas por reclamaciones inmediatas y, como situado en el sitio del sujeto de una pesadilla, no tenía conciencia, en aquel instante, más que de sus propios ojos mirando desmesurados a toda esa gente que volvía la cabeza hacia otros puntos, distraída. Ese país era una parte de su conquista prometida, una parte de su ambición, de su trabajo y de su padecimiento. Cuando fueron a ocupar aquella casa todo estaba devorado por el pasto malo y las lianas, los bejucos, los bichos, los insectos, las arañas, las horrendas enredaderas; sólo el pequeño arroyo adyacente parecía conservar cierta pureza en medio de tanto desastroso parasitismo. Su mujer era la compañía recién-

te de su soledad y mientras, armados de hachas, cortaron sin ayuda los brazos selváticos obstinados en no soltar su presa, reían, gozaban, jugaban como jóvenes animales a quienes la promesa de la exaltación física y el placer compartido de la noche torna llevaderos los contratiempos más intolerables en el andar del tiempo. Pero el tiempo no anda sin perfidia, el tiempo no es inocente, su marcha trae desastre exterior e interior, y de la exaltación corporal queda como el hoyo dejado por la gota en la piedra. Al fin el trabajo vence los gozos del hombre y la mujer. Y en la casa del establecimiento, rodeada pronto por las pequeñas viviendas de adobe reciente que habitaban los peones, vinieron las noches con cansancio a sustituir las noches con risa. Pena de la vida es esta: más que los más joviales amores unen ciertas fatigas. Más que ciertos goces ciertas aterradoras penurias. Muchas veces volvía él con el hombro bronceado a la vista por la rotura de la camisa en jirones; estaba ella sentada a la puerta de la casa, siempre igual, siempre honesta y prudente y llena de buena voluntad en el oscuro bosque de cierta remota expectoración. Y a los diez años todavía podían comer contentos y sanamente fatigados en el comedor donde ahora comía solo oyendo el ruido del diluvio externo y el terrible balbuceo del constante delirio. Primero, los años de afán próspero; luego, los tres de adversidad, de signos nefastos en la agricultura. Y estos cuatro últimos meses bíblicos, meses de

prueba y flagelación en la esperanza; plagas, mangas de acridios, tiempos de continua seca y finalmente, cuando una gota de agua se deseaba como el advenimiento rogado, suspirado — la lluvia en demasía, el diluvio. ¡Los campos perdidos, la siembra perdida, tantos animales muertos! Y ella en la cama, a punto de dar a luz; y el médico del pueblo que se para, con el dintel de madera sobre la cabeza del buen bebedor, al día siguiente del nacimiento de la criatura, a fin de decir sin que la madre, inanimada, oiga: “¡Qué grave!” — ¡Días de adversidad, días desleales, días de tremenda experiencia, insomnio, mal, desastre e invasión lacustre en los campos solitarios! Y la emigración de gente desde la casa, como si una fuerza secreta ordenara su paulatina evacuación. Y, al fin, enfrentados, él y ella y la lluvia y el color gris alojado en toda la extensidad del mundo visible... Y los días sin transformación, no más crueles — exactos. ¡Qué fuerza gigantesca para no ceder, para obligarse a no obedecerse, para impedirse salir en cabeza al campo y correr gritando, clamando, blandiendo el brazo bajo el torrente de agua fina, tenaz, imperturbable! Estaba sin embargo entero. Sentado casi todo el día junto a la cama, no tenía otro gesto más que el de ir de tiempo en tiempo hasta la puerta y observar los signos de posible mutación en el cielo. En lo más intenso de la soledad sentía por momentos el vuelo de algún pájaro de mal agüero que circuía con sus círculos la casa; escuchaba, oía el vuelo cercano, luego el aleja-

miento, luego el retorno... Y cuando la prueba era más dura y terrible apretaba los dedos, se aferraba a esas dos palabras con el alma, los dientes, los labios, — “todo pasará”.

Le pareció que ella estaba agitada. Se levantó; mojó la mano en el recipiente de agua fría y puso los dedos en la frente sudorosa, un poco más arriba de los ojos inmensos, dolientes. Después permaneció mirándola. Como comenzaba a hacerse tarde, fué y cerró la puerta, y volvió a sentarse al lado de la cama. Los platos de la comida estaban en desorden sobre la mesa. Y, sin levantar el libro del suelo, permaneció con los ojos fijos en el semblante amarillocéreo de la pobre mujer, oyendo sólo la lluvia. Era su gran dolor, esa ternura a la vez física, localizada, y difusa. Todo el cuerpo de ella ahí tendido estaba dentro de él incorporado, doliente y hecho dolor. Por momentos le hablaba él con un acento tierno y salvaje y algo siniestro por el saber que no iba a oírse sino a sí mismo. Se quedaba sorprendido de escucharse, de escuchar aquella voz ronca que no se parecía a la suya. Había en ella una extraña y en él otro extraño. Extraño a sí mismo y sin sueño en el empezar de la noche. No dejó de sentir un alivio al pensar que el sueño había desaparecido espantado por su propio fantasma. Pues el tormento para combatirlo había sido atroz las noches antes.

Pasó un corto tiempo de calma; minutos, una hora. La mujer se incorporó; con el busto rígido, las manos sosteniéndola por de-

trás, crispadas sobre los dos extremos de la almohada. Los ojos, en igual modo, dos llamas rígidas. Se puso él en pie y volvió a acariciar la cabeza ardiente, los brazos endurecidos, y quiso cerrar aquellos ojos; inducirlos al descanso con la imposición de sus dedos largos y nudosos. Sin sacar los ojos del punto fijo que miraban, ella dejó descender la cabeza, el busto, hacia atrás; y quedó de nuevo boca arriba, los labios en obstinado hablar, la razón espantosamente alterada... Y así quedó, con el cuerpo como agarrado, los dedos blancos y dolientes hechos garras. En aquel instante sintió él subirle por toda la entraña una asoladora ternura, una piedad amarga y turbulenta; y la nuez subió y bajó en aquella garganta de hombre. Pensó en el viejo automóvil que en cualquier momento podía sacar del galpón a la lluvia y correr las dos horas de camino fangoso hasta el pueblo si fuera necesario. Se levantó, fué hasta la puerta — luego empezó a caminar por el salón de abajo a arriba, cruelmente preocupado, acosado, arrecido. Por unos minutos la lluvia decreció, cesó; luego volvió a caer con la misma monotonía constante.

Hacía más de una hora que caminaba. Se detuvo y, acercándose luego a la cama, oyó el moverse de aquellos labios; sólo el moverse, pues ninguna palabra inteligible dejaban escapar ya; arrebatados, se apretaron rehusando. Se sentó él y abrió el libro en la oscuridad, uno de los periódicos. “Todo lo que sucede en

el mundo se halla dentro del orden natural... tu existencia forma parte de un todo, y será arrebatada por El que la ha producido o, mejor dicho, será recibida por una transformación en el seno de ese sabio creador..." Cerró el libro, lo dejó caer — y el fluir de un acerbo y cansado pensamiento fué sucediéndose, sin que conscientemente lo advirtiera, en su mente. Cuando ella mejorara y se levantara, todo habría que recomenzarlo; traer otra vez a la vida, junto al primer grano nuevo, la primera nueva esperanza. Y la criatura... Pero el acridio retornaría y el combate era desigual contra esa invasión tristemente voraz; a la postre, la manga da cuenta de todo y sólo deja el esqueleto de la creación en la tierra asolada. En medio de su moroso pensamiento, sintió de pronto un peso sobre los ojos, sobre los párpados superiores; de nuevo el sueño venía a combatir con él; inmóvil, dejó por unos momentos que la presión siguiera sobre la parte superior de la órbita dolorida. Como el que se resiste a un mal irguiendo su armadura física, se levantó y empezó a caminar de nuevo por el gran cuarto. Pese a la forma en que pugnaba por pensar, el sueño estaba ya ahí, sobre él. Era como una páfida delicia, una tentación de abandonarse exactamente en el momento en que más necesario le era velar, permanecer despierto. Se puso a arreglar los libros enfilados en el hueco de la ventana, luego caminó hasta la mesa, recogió la cazuela de barro, los demás recipientes y los llevó hasta la cocina en dos o

tres viajes; pensó que era necesario dar ocupación a sus manos, preocuparse por algunos objetos a fin de ahuyentar el adormecimiento. Sacó de un cajón una vieja red de pescar y comenzó a deshacer los nudos que la habían inutilizado; durante algunos momentos trabajó en ella bajo el cono de luz de la lámpara del cielo raso. Y como si el sueño perseguido se vengara, su mente recogió paulatina, obsesivamente, la idea del posible final, de la posible muerte en aquella casa, en la soledad, con la lluvia afuera, al amanecer... Salvajemente afligido, con fuerte y viril congoja miró el cuerpo que, como un despojo rígido, erraba en el mundo de su locura; la cara, el cuello, los brazos mortalmente blancos, helados. Guardó la red y volvió a sentarse en la silla, junto a la cama. Sus labios, los de él, no se movían, pero por dentro estaban formadas las palabras: "Sálvala, Señor; Señor, sálvala". La vió, proyectada en su espíritu, jugando con la criatura ya grande, en el césped que se había empeñado él en cultivar al borde del arroyo; pero esa realidad habría implicado otros logros previos, el cultivo de toda esa zona árida extendida al norte del campo, y levantar allí la granja, para lo cual él mismo tendría que manejar el teodolito, establecer planos, poner jalones, levantar mensuras, e industrializar despacio lo que era todavía yermo.

Estuvo un rato pensando y sintió, de súbito, caer su cabeza sobre el pecho. Alarmado por la traición del cruel sopor, se le-

vantó de golpe y volvió a echarse a andar de arriba abajo. Pero las muchas noches de mal dormir habían concentrado tanto esta oscura necesidad de su organismo que no podía combatirla ya sin esfuerzo extremo. Aún caminando sintió que iba a dormirse, que iba a caerse de pronto sin sentirlo y a quedarse dormido como una piedra. Se acercó entonces hasta la puerta y la abrió y sintió en la cara el aire húmedo y frío. Sólo la luz que libraba la puerta desde el interior del salón arrojaba su luminoso rectángulo sobre el piso de asfalto y la tierra; en torno, apenas algunos fugaces hilos de acero hacían visible la lluvia en la noche negra. Pensó en sus hermanos, en sus hermanas, lejanos, esparcidos tal vez a aquella hora en diferentes, incalculables, distracciones, preocupaciones. Y sintió una terrible angustia y se llevó la mano a la cabeza y se alisó el pelo desordenado. Volvió a entrar en el cuarto, dispuesto a hundirse en el libro. Lo abrió, pero aquella letras no le decían ya nada; fué hasta el hueco de la ventana y buscó otro, un libro a la rústica de carátula blanca y tipografía roja. ¿Qué podía abstraerlo en esa historia de un Estrecho? Sin embargo se esforzó en leer y leyó sin comprender, pronunciando en voz alta las palabras del texto. Estuvo tal vez una hora así; tal vez dos, luchando duramente con el sopor que de instante en instante le daba el golpe.

“No — se decía — no, no. No me dejo vencer”. Había pasado la medianoche cuando se levantó de la silla para ir a beber un

poco de agua fría. Cuando estaba en la cocina virtiéndola en el vaso oyó un grito fuerte, luego el silencio; volvió precipitadamente al lado de su mujer y vió que seguía sin novedad, nuevamente en su rigidez y su delirio ininteligible. Entonces sintió en sí la invasión de un odio sordo, un odio general y no localizado, contra la fuerza innominada del mundo que podía provocar estos males. Bebió el agua del vaso que tenía en la mano y se sintió alterado y agitado por ese mal espíritu. Y, en seguida, el otro pensamiento, el contrario, el más constante y profundo aún en aquella hora terrible: "Este es mi mundo y yo debo perdurar aquí". ¿Perdurar? Era extraño. Lo que se salvaba al fin en él era esa idea de perduración. Contra todo y a pesar de todo. Al raptó fugaz de odio y oscuro inlocalizable resentimiento respondía con ese sentimiento lento, permanente.

Como los años malos, los años buenos habían traído para él y ella en aquella casa un ansia de feliz perduración. Con cada muerte de la flor entre cardos al avanzar el invierno sobrevenía en ellos el deseo de ver la nueva floración. Y si ahora uno de los dos estaba caído, vencido, preso en manos de quien sabe qué cruel drama secreto, él debía ser quien continuara manteniendo para los dos aquella voluntad de perduración. No se trataba en ambos de un desig-nio vegetante y pasivo sino, por el contrario del progreso de una necesidad humana de crear incesantemente vida, de dar de sí tra-

bajo y recrear en igual tiempo, de modo triunfante, el desgaste y el agotamiento en forma de vital novedad, en forma de nueva energía. Allí estaba su destino: en vivir produciendo vida, pero sin temblar — como quien no se asusta de lo que le es fatalmente exigido sino que lo sobrepasa para superarlo. Esa era su voluntad: no ser nunca inferior a la vida, ser más lúcido que la vida ciega y aprovechar esta sola oportunidad de revancha que le sería dada en el sucederse de los días.

Dejó de caminar y se sentó a los pies de la cama de ella. Alrededor estaban diseminados los muebles de madera y paja, el único lujo de los retratos familiares en marco de plata. ¿Cómo hacer para alejar de una vez aquel sopor, aquel alano de vuelo torpe que se acercaba a él, lo circuía, lo acorralaba? Se esforzó con toda la energía de que era capaz en mantener los ojos abiertos. Pero era imposible: después de un retroceso aparente el sueño volvía, lo inundaba. Concibió una rabia repentina contra ese sueño, una rabia absurda. Se puso en pie, corrió al armario del dormitorio y, con la capa de goma puesto, salió a la intemperie... Como un millar de látigos chocaron las gotas, con ruido, sobre la capa de goma y el chubasco le recogió en su bosque torrencial. Sintió la cabeza empapada y extraños ecos en los oídos como imprevistos gritos en libertad que corrieran jugando en el campo tormentoso... Tropezó, siguió andando, calado hasta los huesos. Eran torren-

tes, torrentes y no lluvia, lo que se precipitaba desde lo alto de la furia sideral embozada y tronante en la cima de la noche de espanto y desolación. El relámpago iluminaba el vacío como una vertiginosa luminaria provista para la lluvia a fin de poder medir la inundación, el desastre. Puso su codo doblado a la altura de la frente, protegiéndola y bajó la cabeza para adelantar; el muro pluvial se defendía contra el extraño... Dió la cara y el cuerpo todo al castigo del agua, que le deparaba así un ominoso olvido, un desgarramiento todavía más brutal por la sensación del infortunio físico añadido a la otra herida...

*Casi iba su alma toda resistiéndose con terrible coraje a un llanto sin fronteras, a un llanto que lo hubiera ahogado, deglutido, mucho más que aquel caudal de lluvia a la vez amenazadora e inno-
cua. Pero la cabeza no vacilaba en aquel cuerpo castigado y, aunque transido, hubiera hecho él todavía más para romper los diques del momento que vivía y tocar las fronteras de su dolor, los confines, los límites con el aniquilamiento y la nada o con esa regeneración final de la furia al transformarse en un mal vencido, dominado, subordinado.*

Si una agonía estaba cerca, he aquí como herirla mirarla de frente sin escaparle, ser más que ella por un coraje sobrehumano. ¿Es que temía él al dolor? La vida toda es infortunio. Cuando se lucha contra sus previsiones tenebrosas; y él no hacía más que ir al

encuentro de esos accidentes, arterías, traiciones. Diez años de encuentros, materialmente agotadores, de pequeños terrenos ganados y grandes terrenos perdidos, ventura, incertidumbre, esperanza, trabajo, miedo, valentía, impetuosidad y zozobra. Diez años de riesgo — regando con sangre blanca las madrugadas del campo removido por la fuerza de sus manos; diez años de noches tristes, viendo correr con aquella pobre mujer, con aquella muchacha sin fuerzas, el río a veces cargado, a veces seco, de la suerte... Azotado por el agua, quería caminar ahora — habría querido caminar, sin detenimiento — hasta el límite del dolor, ir todavía más allá de sí, dejar en el campo la piel flagelada, y mojada de un cuerpo desaparecido. En ese segundo, tomado por un tremendo espasmo, apresuró el paso en la huella fangosa, casi al lado de los alambrados de púa rígidos en sus tres líneas horizontales.

¡No! Lo que no podía tolerar en su espíritu era la idea de aquella muerte, la posibilidad de aquella muerte. Devoró el sollozo y estuvo a punto de caer, sujeto el pie, el pie incauto, en un pozo de agua. A fin de no estallar allí en una terrible crisis de desolación y sollozos y gritos, se dió ánimo con aquel solo pensamiento: “Aunque así fuera, hay que ir más allá, más allá de ella y más allá de mí, avanzar sobre la vida rechazando como quien, más fuerte que la alevosía del mal del tutor, lo abjura y deja hundido en el pantano, en la demencia y el asesinato”. Así, todo el camino, el campo

inundado, tenebroso y desierto, los pastos cenagosos, los distantes árboles que minuto tras minuto acusaba el relámpago, los sintió como el paisaje de su propio tormento, como su dolor corporizado, visible fuera de él. Y se ensañó en caminar; cruzó un pastizal alto, otro pequeño camino por el que doblaba la salida ancha de la casa entre dos riberas de paja brava.

¡Cómo estaba desamparado y solitario en el fondo de su cuerpo que chorreaba agua! ¡Pero quería tocar, tocar, no presentir, tocar, hasta con el último poro de su piel, el dolor que se le quería propinar en lentas, crueles y pequeñas crisis! ¡Ah, ser tan grande como todo ese espacio abarcado por la lluvia! Ser superficie viva para todo el dolor posible, por durable y extenso que fuera, por injusto que fuera. Mas, sin que tuviera aún tiempo de andar mucho, en vez de sentir su ánimo prolongado y liberado, extremadamente tendido hacia el confín del dolor, percibió algo que no hacia afuera, sino adentro de su ánimo crecía y era un final cansancio, un cansancio ya sin fuerzas para sentirse a sí mismo, y junto con él, sin poderla resistir ya, una atroz angustia hacia su mujer que deliraba. Entonces se volvió, movió sus pies con dificultad al haberse hundido con el detenerse y echó a correr, regresó a la casa casi sin alientos, corriendo...

Se arrancó aquella capa al lado mismo de la puerta y fué a caer sobre la silla, la cabeza mojada entre las manos, los pies baña-

dos de lodo y agua. Sufriendo como un martirizado, sin llanto, instantáneamente sin voluntad sobre sí, quedó sin pensar cosa alguna, obseso sin idea, como si estuviera en poder de una enajenación. Pero como vió que la boca de su mujer se había callado, se aproximó todavía a ella y buscó en el cuarto de baño un paño de agua fría y lo depositó con extrema suavidad en aquella frente ya seca... Entonces observó — con una perplejidad que en aquel instante parecía cruel y no podía cambiarse tan pronto en gozo — que el rostro estaba tranquilo, los ojos cerrados, los labios sin rigidez... Se dejó caer en la silla despacio, a fin de no hacer ruido alguno, de no perturbar aquella reciente tranquilidad. Estuvo unos instantes así, quieto, luego volvió a ir al baño y se miró en el espejo y se secó el semblante con una toalla y se pasó rápidamente el peine por los cabellos en desorden...

Varias veces caminó todavía por el cuarto. Dejó de oír el ruido de la lluvia y pensó con esperanza en lo que tendría que hacer una vez que la mujer saliera de peligro; recomenzar la lenta tarea del jalonamiento del terreno, ordenar al arado y la nueva siembra. La tierra se regenera pronto.

Por la ventana entró la primera, todavía muy difusa, claridad. Aún así, tan aprisa, muchos días habían pasado sin que pudiera verla, albas y albas hoscas, oscuras. Salió a la puerta y vió, ante el espectáculo del negro y rojizo campo ya sin lluvia, ir subiendo

el amanecer, despacio, lentísimo, apenas más claro que la noche, apenas marcado, el cauteloso amanecer... Esperó, y salió después afuera y oyó el canto de una ave taciturna, incrédula todavía ante la inminencia de la madrugada. Entonces volvió a entrar en el salón, se quitó el chaleco de vieja gamuza y cayó sentado en el suelo, entre la silla y la cama de la enferma. Estaba desgarrado; y entero; herido y siempre en lucha. Estaba con un brazo abierto y otro encogido. Luego su cuerpo se abatió.

Y un poco más tarde, con el primer sol, comenzaron a secarse las manchas de barro en las botas, en los pies aparentemente muertos, incalculablemente dóciles y mortales del hombre que había velado.

Todavía llevaba presente aquella imagen, como si la viera ante mí en un plano que me trascendía, cuando me levanté del banco, en la plazoleta, y caminé por la avenida en la noche helada de la ciudad.

EDUARDO MALLEA

LA HORA FUERA DEL TIEMPO

Todo sucede como si los marcos del espacio y del tiempo no fueran sino los productos de la compresión de una conciencia circundada por lo absoluto, la cual sólo podría subsistir levantando en contra de éste diques, en cuyo interior resultaran posibles sus juegos de dispersión y de concentración. La realidad de tales marcos sería pues relativa a la resistencia de la conciencia ante la entidad que la asedia.

La conciencia se desprende apenas de una tiniebla de la cual está formada, como en el primitivo o en el niño, o tiende a volver a su noche original como se esfuerza en hacerlo la conciencia del místico o del poeta, y la vemos vivir en un presente eterno, fuera del espacio, fuera del tiempo.

Toda sociedad primitiva tiene su adivino, en quien venera al hombre perfecto que consigue vivir en contacto con los dioses. Es igualmente significativo que los grandes instructores de la humanidad hayan recibido el nombre de profetas. Esta propensión a

no obrar sino de acuerdo con los empujes infalibles de la tiniebla, en la cual la conciencia es sólo un defecto, se encuentra de nuevo en tiempos más modernos, cuando las grandes civilizaciones greco-romanas organizaron colegios de augures, y se sometieron a las sentencias de las Pitonisas.

La abolición del tiempo que aparece de este modo como la herencia de cierta mentalidad primitiva, tiene su correspondencia en el presentimiento de una vocación que el sentido común atribuye al pensamiento infantil, y no es más que la previsión de todo un destino.

La tendencia que vemos en la conciencia del primitivo y del niño a dejar ceder los diques que ella opone a una realidad sin atributos cuya intrusión la amenaza, existe en un grado menos aparente en la conciencia de cada uno de nosotros. Ciertos psicoanalistas disidentes admiten que todo ensueño tiene un contenido premonitorio. Henri Candiani ha propuesto llamar *complejo de Casandra* (*) a la compresión que, por instinto de conservación, opera la conciencia cuando pensamientos premonitorios se empeñan en invadir su centro. Si los marcos del espacio y del tiempo, frágiles aun en el primitivo y en el niño, preservan mal su conciencia del sentido de la eternidad que se apodera de ellos en

(*) Aforismos sobre la astrología y la adivinación (*El libro documental*, 15 rue du Sommerard, Paris 1935). El personaje de Casandra, del cual toma Candiani el nombre, es el que aparece en el curso del Agamenon de Esquilo.

todo momento, los diques que el místico y el poeta minan pacientemente mediante las técnicas del éxtasis y de la inspiración, están igualmente en vías de prestarse a la irrupción aterradora de un presente perfecto.

La vida de la mayor parte de los místicos, cualquiera que sea el dogma al cual están entregados, presenta fenómenos de premonición y de visión a distancia que los biógrafos no dejan de interpretar como signos de santidad. Si elegimos como ejemplo las estrofas proféticas por medio de las cuales el lama tibetano Marpa indica a su discípulo Milarepa (*) los acontecimientos que se han de producir en su existencia, o deteniéndonos en las visiones de Ana Catalina Emmerich (**) quien, desde su lecho, percibía las más mínimas acciones y los menores pensamientos de las hermanas de su orden, encontramos ahí el testimonio de espíritus en cuyo derredor el tiempo y el espacio se adelgazan.

El término de diques que hemos tenido ocasión de aplicar tanto al tiempo como al espacio, encuentra su justificación en el sentimiento de *inmersión* que se apodera de la conciencia cuando aquellos han cesado de defenderla. Los místicos cristianos nos han dejado numerosos testimonios de esta rendición del espíritu a las potencias cuya marea les amenaza:

(*) *El poeta tibetano Milarepa*, traducción J. Bacot Bossard 1925.

(**) *La dolorosa pasión de N. S. Jesucristo* (Téqui 1922).

El espíritu está sumergido y absorto mar adentro, en los abismos del océano divino, de manera que puede uno exclamar: Dios está en mí, Dios está fuera de mí, Dios está en todo mi alrededor, Dios es todo mío y yo no veo sino a Dios. (Tauler Instit. C. XII).

Alvarez de Paz, hablando de la unión plena: *En ese grado las potencias se transportan a la alta mar de la Divinidad, inmergidas en Dios, y se elevan muy alto como luz y ardor de amor. (De in quis pacis l. V. par. 111, c. v.).*

La Vble. María de Escobar: *Los ángeles me arrojaron en el vasto mar de la esencia del Dios desconocido e incomprensible. En él me encontré sumergida y perdida... (C. XVIII, N° 67).*

Los poderes (recuerdos de vidas anteriores, previsión del porvenir, apariciones a la distancia) inherentes a ciertos estados místicos, sólo son los fenómenos que les acompañan. Sabemos que aquellos que los experimentaron debieron luchar en todo momento para evitar dejarse llevar hasta confundirlos con el fin mismo de su experiencia. Los tratados de mística orientales, así como los escritos de los doctores cristianos, insisten sobre los peligros de esta confusión, y sobre la desconfianza que los experimentadores deben conservar respecto de los poderes que les advienen poco a poco. Retendremos sin embargo esos poderes como signos del estado de inmersión a que llegaron esos experimentadores, y gracias al cual ni el tiempo ni el espacio que con sus murallas los tenían

apartados de la realidad sin nombre, siguieron impidiéndoles confundirse con ella.

De suerte que cuando aparezcan tales signos en los testimonios que ciertos poetas nos dejaron de su experiencia, nos será permitido considerarlos como síntomas del acceso al presente eterno adonde su labor los encaminaba. No se trata aquí de hacer una lista, sino de elegir ejemplos.

Sabemos que Dante, Goethe, Hugo, se daban como tipo ideal del hombre un ser dotado de tales virtudes que ni pasado ni porvenir resistían a su visión. Sus obras dejan entender en todo momento que ellos se concebían ellos mismos como habiendo llegado a ese grado de desenvolvimiento. William Blake había alcanzado un estado cuyos modos nos escapan y se asignaba la misión de hacernos llegar a él.

Yo no tomo reposo en mi gran deber

Que es abrir los mundos eternos, abrir los ojos

Inmortales del hombre al mundo del pensamiento, a la Eternidad.

Para Nerval, *el derramamiento del sueño en la vida real* de que dan cuenta las páginas de Aurelia, está constituido por un doble movimiento de retorno a las profundidades del pasado, y de impulso hacia los abismos del porvenir, indefinidamente repercutido por las múltiples refracciones de la ley de analogía.

Con ayuda del método de correspondencias que le permitía reducir los aspectos del universo, Baudelaire se orientó hacia la realidad sin atributos, situada fuera del espacio, fuera del tiempo, cuya posesión debía restituirle el estado edénico de un presente eterno.

Ese presente hacia el cual se encamina el poeta, cuando, en el curso de sus experiencias, intentó sustraer el mundo a la huída del tiempo, a las limitaciones del espacio, para proyectarlo sobre un plano situado más allá de las categorías del mundo relativo, fué experimentado y definido por Novalis:

Existe un presente espiritual que identifica el pasado y el porvenir disolviéndolos, y esa mezcla es el elemento esencial del poeta, su atmósfera propia.

Y para establecer que el estado a que llega el poeta consiste en el empleo de todas las posibilidades de su espíritu en armonía desde ese momento con la realidad de las cosas, escribe:

El poeta de verdad es omnisciente, es un verdadero universo en pequeño.

Y más adelante:

El hombre enteramente consciente se llama el vidente.

Esos tres aforismos postulan un objeto de conocimiento, que Novalis llama el presente espiritual, y un método de apercepción apropiado a ese objeto: la videncia, de lo cual nos dice que es el

atributo de la conciencia total del hombre. Novalis no se ha explicado sobre el ensanchamiento de conciencia que exige del poeta. Ignoramos si le concebía límites. No obstante, este cuarto aforismo: *Todo acto involuntario debe ser transformado en acto voluntario* nos autoriza a entender ese ensanchamiento como la unificación de las zonas de sombra y del foco luminoso del espíritu.

Esa ambición de alcanzar, por un desenvolvimiento monstruoso de la conciencia, una visión de lo real absoluto, se encuentra de nuevo enunciada por Arthur Rimbaud en la famosa carta del 15 de Mayo de 1871. *Se trata de hacer el alma monstruosa*, afirma. Y coincidiendo con Novalis hasta en el empleo de las palabras: *Digo que hay que ser vidente, hacerse vidente*.

El objeto al cual va a aplicarse el método de conocimiento concebido por el poeta de *Illuminations* no puede definirse. No hay palabra que pueda designarlo: *El poeta*, dice Arthur Rimbaud, *llega a lo desconocido*. Y antes de pronunciar esta denominación negativa, aun sacrílega, con relación a la realidad sin atributos que ella designa. Rimbaud evoca al poeta que osa afrontar sus potencias, con una serie de expresiones horrorizadas, las mismas de que se sirve la tradición bíblica para nombrar al hombre que se ha hecho semejante a Dios, probando el fruto del conocimiento: *El gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito y el Supremo Sabio*.

Continúa así: *Luego, el poeta es realmente ladrón de fuego...*
Y termina: *Baudelaire es el primer vidente, rey de los poetas, un verdadero Dios.*

Hacerse el igual de Dios por un engrandecimiento de la conciencia que permite al poeta alcanzar lo desconocido y llegar a ser el supremo sabio, tal es, pues, definida por Rimbaud mismo, la labor que él ha reconocido en aquellos que pretenden consagrarse a la poesía. No ha dejado de precisar que esa labor debe conducir a aquel que se entrega a ella a un estado de conciencia respecto del cual las categorías del espacio y del tiempo cesan de prevalecer. Es embargado enteramente por la preciencia del porvenir como concibe él al poeta: *Daría más que la fórmula de su pensamiento, que la anunciación de su marcha hacia el Progreso! — escribe. ¡Enormidad que se vuelve norma absorbida por todos, sería verdaderamente un multiplicador de progreso! El arte eterno tendría sus funciones como los poetas son ciudadanos: la poesía no pondrá ritmo a la acción, se le adelantará.*

Desde el momento en que Rimbaud se esforzaba en restituir al poeta la conciencia de su misión profética, concebía el parentesco que, se desprende de ello, admitía él entre la experiencia del poeta y la del místico. Tenemos la prueba en el hecho de haber él situado precisamente su doctrina en la corriente de la gran tradición órfica, heredada de la antigua Grecia, y según la cual el poeta está

considerado como el supremo iniciado en las leyes del universo: *Toda poesía antigua conduce a la poesía griega*, declara al principio de la carta del vidente. Y después de haber expuesto su método, concluye: *En el fondo sería aun un poco la Poesía griega.*

Stéphane Mallarmé, por su lado, perseguía al mismo tiempo una experiencia que lo llevaría a concebir la función del poeta como *la del hombre encargado de ver divinamente* (*). Podía tenerse escrúpulo en reconocer en esa frase una voluntad de liberación respecto de los límites relativos del espacio y del tiempo, si las primeras líneas de XX Igitur no se abrieran explícitamente sobre ese tema: el héroe del Drama se reconoce en efecto capaz de aniquilar la llama del mundo sensible y de dejar aparecer por contraste la realidad eterna de la Noche:

Él mismo, al final, cuando los límites hayan desaparecido tendrá una prueba de algo grande, (¿ausencia de astros? ¿el azar anulado?) en este simple hecho: que él puede causar la sombra soplando la luz. Luego, como él habrá hablado según lo absoluto que niega la inmortalidad, lo absoluto existirá fuera de eso — luna por encima del tiempo.

Tomando el alejandrino con que se abre *Le Tombeau d'Edgar Poë*, parece indudable que para Stéphane Mallarmé la obtención de un eterno presente haya sido el fin, siempre huidizo y siempre

(*) *Divagations*. Le livre, instrument spirituel.

perseguido, de la experiencia poética. De hombre falible y limitado que era entre nosotros, el poeta es restituído por la muerte a un estado incondicional duramente buscado durante su existencia terrestre:

Tel qu'en lui-même enfin l'éternité le change.

Los discípulos de Mallarmé que consiguieron sobrepasar las preocupaciones puramente literarias para acercarse al pensamiento del maestro, nos han conservado en sus escritos un reflejo de su doctrina. Así es cómo se encuentra en St. Pol Roux y en René Ghil la concepción del poeta alzándose en relámpagos a la eternidad, y dotado de un sentido divinatorio inherente a su condición misma.

Dado que todas las ciencias están incubándose en nosotros en estado potencial y divinatorio, podemos saber todo por nosotros mismos, afirma St. Pol Roux. Luego, sugiriendo que existe un panorama reinando alrededor de cada cosa, y de una virginidad renovada sin cesar, agrega: Este panorama integral que se hunde en la eternidad, de la cual es un pétalo integrante, desde que el poeta penetra en él, se instituye su primer ocupante, su legislador, su rey ().*

Si creemos al autor de la introducción a *Choix des Poèmes* de René Ghil: *el poeta, en el sentido ghiliano, une al sabio moderno*

(*) *Les Reposoirs des Processions.* — T. I. Liminaire (Mercure de France).

el hombre de las Suertes de antes, une a ellos además el don de adivinación que hace de él un profeta. Esta concepción del poeta-profeta ha aparecido con las más antiguas poesías inspiradas. Víctor Hugo la ha repetido con brillo ()*.

Tal concepción, que nos llega desde los tiempos más remotos y que ha sido renovada por Victor Hugo, Rimbaud, Mallarmé y sus discípulos, aparece aun en nuestros días en un poeta como André Breton.

Las páginas de *Nadja*, donde este escritor nos mostraba las singulares analogías que pueden observarse entre el pensamiento y la vida, el ensueño y la acción, dejaban ya presentir las conclusiones del texto intitulado *La Nuit du Tournesol*, (**) en el cual el autor analizando uno de sus antiguos poemas nos revela que el acontecimiento más importante de su vida se encontraba incluido allí con años de anticipación. Y es evidente que para el teorizador del surrealismo no se trata ahí de un accidente sin consecuencias, sino muy al contrario de una ilustración, particularmente emocionante para él, de los poderes que, en el curso de sus experiencias, no había él cesado de reconocer al pensamiento poético.

Así, pues, a través de los tiempos y de las más variadas dili-

(*) *Choix de Poèmes* de René Ghil. — Introduction sans nom d'auteur. (Messein).

(**) *L'Amour Fou* (N. R. F. collection Métamorphose).

gencias, el acceso de la conciencia a un presente eterno en el que se resuelven el pasado y el porvenir, aparece como el punto moral adonde son llevados aquellos que toman las vías de la experiencia poética. El estado edénico en que se mueve la conciencia del primitivo y del niño es lentamente reconquistado por el místico y por el poeta, cuyos pacientes métodos hacen disipar los diques más acá de los cuales la eternidad no comienza ni acaba de irradiar (*).

París, mayo de 1937.

A. ROLLAND DE RENÉVILLE

(*) Estas páginas pertenecen a un libro a publicarse con el título: *L'Expérience poétique*.

SOBRE EL ESPIRITU DE FACCIÓN

La tormentosa realidad contemporánea ha obligado a los intelectuales a reflexionar sobre el futuro de su labor específica, sobre el porvenir de la inmensa tela de la cultura, en cuya urdimbre, grosera o delicadamente, cada uno ha puesto un hilo sutil. Unas cuantas décadas de serenidad permitieron acariciar la idea de que reinaba, y ya para los siglos de los siglos, una calma absoluta en el dominio del espíritu; pero no se ha podido por más tiempo permanecer ajeno al clamor de esta refriega que se libra en las calles y en las conciencias a un tiempo mismo, y he aquí al intelectual frente a su destino, dispuesto a diagnosticar, con penetración aguda y dolorosa, cuál debe ser su actitud y cuál su misión.

No es el caso de preguntarse aquí — aunque quizá aclarara muchos desvaríos el hacerlo — si en otro tiempo y lugar el escritor o el artista debieron plantearse intelectivamente el problema de su misión y de su actitud. El hombre ha reflexionado siempre,

pero casi siempre “a posteriori”; ha reflexionado mucho sobre la validez, sobre la fundamentación o sobre la legitimidad de su conducta pasada, pero ha obrado muy pocas veces ajustándose apretadamente a posiciones intelectualmente adquiridas. Pero es el caso que, planteándose ahora esta reflexión, el intelectual se ha dado una tan perentoria y cómoda respuesta, que es fácilmente presumible que no alcanzará valor histórico o vigencia social. Demasiado exenta de dolor y de pasión, más que una respuesta parece un ardid para evitar el choque vigoroso y recio que supone el contacto con esta realidad de nuestro tiempo.

Sería de escasísimo valor ofrecer una respuesta más, aparte de que no me siento con vocación para ese menester. Pero puede ayudar a encaminar la reflexión sobre el tema una digresión sobre un aspecto que es, en general, común a la gran mayoría de las soluciones ofrecidas, y que, con mayor o menor vigor, con mayor o menor solidez teórica, aparece en Jules Romains tanto como en Jacques Maritain, para no citar sino a las figuras más representativas. Si unas décadas de serenidad en el clima espiritual de Occidente hicieron florecer espontánea la ilusión de una conquista definitiva de la paz para el dominio del espíritu, la ofensiva de la efervescencia social sobre la tranquilidad privada ha incitado a postular deliberadamente una posición de aislamiento para el intelectual, una afirmación de la libertad como condición imprescin-

dible para la creación, una actitud libre por encima de las facciones en pugna, una ataraxia, en fin, harto semejante a la del ideal escéptico o epicúreo.

Se desprende de esta posición una apreciación histórica que interesaría estudiar sin prisa. Las luchas de las facciones no serían — se pretende — sino crisis en que se debaten pasiones despreciables, ajenas al escritor o indignas de él, y que sólo le atañen en cuanto sujetos de reflexión. Parece evidente que se oculta en esta estimación de la realidad contemporánea un error grave. Independientemente de que nos parezca bien o mal y de que deseemos que las cosas sean de otro modo, un mínimo de objetividad nos forzará a reconocer que la lucha de dos facciones constituye hoy en el mundo occidental el drama fundamental de la época, el proceso histórico vivo y creador. No hay reducto de la realidad que escape a esta determinación; y si el intelectual se siente humano, no escapará a ella aun cuando intelectualmente decida sostener, como en el caso de Jacques Maritain, la posibilidad de crear, sobre supuestos teóricos, una tercera posibilidad de acción para el hombre contemporáneo. Este espíritu de facción es el signo de nuestro tiempo, como lo ha sido de algunos otros, y, sin recurrir a comparaciones forzadas, es lícito discriminar en él algunas notas características.

El espíritu de facción

El antagonismo de dos facciones no es un hecho arbitrario ni anormal. Cuando las condiciones históricas de una época plantean un problema fundamental, una cuestión vital, la conducta del hombre responde de una particular manera, que Hegel primero y luego Marx llamaron — con diversidad de puntos de vista — el proceso dialéctico. Violentamente, una polarización de los intereses y de las situaciones histórico-sociales sucede al insinuarse el nuevo tema. De esta polarización surgen las facciones, grupos antinómicos resueltos a imponer sus respectivas soluciones.

Productos de una misma situación histórica, estas dos facciones coinciden en reflejar el espíritu de una época; separándose diametralmente en la cuestión de fondo, están animadas las dos por un mismo espíritu de facción, que agrupa normas de sensibilidad política, aspiraciones y deseos, criterios de acción. En este aspecto coinciden las facciones de hoy entre sí, como también coinciden con las facciones que han paseado su oposición creadora por la historia de Occidente desde hace veinticinco siglos. Y es en este aspecto donde puede descubrirse esa modalidad característica de nuestro tiempo que llamábamos el “espíritu de facción”.

Ocurre siempre que una de las facciones parece no serlo. Su posición aparece revestida con una capa de institucionalismo que

proviene de ser esa facción la que defiende el estado de cosas existente; dijérase que su respuesta consiste en querer dominar y asfixiar los nuevos problemas planteados. Pero esta actitud es efímera y, a poco, signos evidentes muestran que las facciones antagónicas luchan de igual a igual, siendo tan solo las palabras y el usufructo del poder lo que diversifica el carácter de la pugna. Teóricamente, siempre hay una de las facciones que busca para sí el apoyo de la realidad, aprovechando cierta tendencia ingenua a creer que lo históricamente dado coincide con lo real en esencia. Este grupo habla como si efectivamente estuviera defendiendo una institución definitiva frente a un ataque insólito, como si sus posiciones se entroncaran con el derecho natural y estuvieran más allá del ataque y la injuria. Pero cuando se trata de obrar, su conducta dista de ser la de una justicia levantada por sobre las pasiones de la lucha y acepta la batalla en el terreno de igualdad y coincidencia que es propio de las facciones.

El otro grupo juega la carta de la revolución, y se siente diametralmente opuesto al grupo enemigo. Pero la observación un poco atenta demuestra en seguida que la lucha de las facciones no se presenta históricamente sino como la oposición de contrarios, suponiéndose implícito en éstos un previo acuerdo instintivo sobre la jerarquía y trascendencia del problema a dilucidar.

El carácter de los problemas fundamentales que se le pre-

sentan a la humanidad en su vida histórica puede variar. Puede ocurrir que se trate de un problema religioso. Pero lo normal — y es el caso de nuestro tiempo — es que se trate de un problema económico-social. Estos problemas por su índole misma no pueden aplazarse, y la lucha de las facciones se caracteriza por una premura, una urgencia histórica por llegar a una solución. Las facciones son el instrumento de esta urgencia y su conducta se define fundamentalmente por un realismo político — el de Bismarck o el de Lenin — que no repara en medios, según el aforismo maquiavélico. Se cae entonces en el dominio de la violencia, en que se afirma el primado de la voluntad sobre el sentimiento: no en vano la palabra latina *factio*, facción, se vincula al categórico *hacer*, al inaplazable menester de ponerse a la obra, cueste lo que cueste, para alcanzar el fin premeditado. La violencia acompaña así al espíritu de facción con carácter inseparable, justamente porque la facción no se logra, no se consolida, sino cuando, con la urgencia de lograr los objetivos propuestos, aparece la resolución firme de actuar, de hacer, para su logro.

Esta voluntad de acción rechaza por su propia naturaleza todo matiz, todo intento de particularizar las actitudes, de romper la férrea línea de la facción. Jesús conocía muy bien la fuerza coactiva de la línea general cuando afirmaba que quien no estaba con él estaba contra él. Y aquel habilísimo político griego

llamado Solón, había proporcionado a los atenienses una ley que castigaba con la infamia a quien en las luchas civiles quisiera permanecer neutral.

Esta intolerante violencia de las facciones conduce naturalmente a las situaciones extremas, situaciones de hecho que sólo en los hechos se resuelven; la lucha de las facciones, en consecuencia, supone la postulación y el advenimiento de las dictaduras como formas necesarias e insustituíbles para la realización del ideal de la facción. La dictadura, tan repudiada en los momentos no críticos, constituye el elemento básico de todas las políticas realistas preconizadas por las facciones para los momentos decisivos.

Una posición tan libre de impedimentos sentimentales, tan libre de compromisos teóricos, permitirá a las facciones una actividad y un desarrollo, que, por el radio de acción, ofrecen otro elemento de juicio para definir su actitud. El aplazamiento deliberado de toda consideración que restrinja la capacidad de actuar, alcanza también la restricción que en el estado de cosas previo al momento crítico significan las fronteras internacionales. Para la lucha de las facciones el mundo entero es campo propicio y su liza excede siempre las determinaciones de las nacionalidades. Política interior y política exterior se confunden entonces y el panorama político se presenta unitario, sin distinción de extranjeros y compatriotas. La facción tiene una solución para los pro-

blemas de la hora, que conviene a sus intereses y responde a su concepción del mundo; su aliado es quien la comparta, de este o de aquel lado de la frontera, como es enemigo quien se oponga sin distinción de matices. Los campos, antes disociados, de la política interior y la política exterior, se confunden ahora, atacando en su esencia misma la unidad de la nacionalidad, que era, en el momento anterior al momento crítico, la idea, el principio político vigente. Frente al nuevo estado de cosas surgen los intentos de las "uniones sagradas", que revelan la necesidad extrema de apelar a toda la fuerza de una tradición generalmente secular para intentar contener la violencia de la lucha de las facciones antagónicas. Pero la posibilidad de las "uniones sagradas" se hace más remota cada vez, con la polarización creciente de las fuerzas en conflicto, y no se vacila en acudir a auxilios extraños porque se considera más vigoroso y seguro el espíritu de facción que el sentimiento de nacionalidad. En el primero hay una coincidencia en la voluntad, coincidencia activa, estimulada por el peligro y por la acción; en el segundo es sólo un sentimiento que la lucha de las facciones contribuye a debilitar, y, sobre todo, a esfumar tras la urgencia de los problemas inmediatos. En resumen, una coincidencia en los problemas fundamentales, una oposición diametral en las soluciones ofrecidas, un realismo político intolerante y con tendencia a la dictadura y una fusión de la política interior

y la exterior, definen el espíritu de facción, tal como se nos da históricamente, ayer y hoy.

Breve guía histórica

El espíritu de facción con estos caracteres permanentes es un cierto clima social que se ha dado en la historia tantas veces como la lucha de facciones ha aparecido. Con ellos aparece en las luchas civiles de Atenas durante el siglo IV — Demóstenes y Esquines — cuando las facciones se dirigen al rey persa o al de Macedonia, y se repite en Grecia en las luchas de las ligas, en el siglo II, cuando se dirigen a Macedonia o a Roma, símbolos de democracia o de oligarquía en ese momento. Roma contempla a partir de ese mismo siglo II una obstinada oposición de frentes, resultantes de una imperiosa exigencia de problemas económico-sociales, lucha que la historia tradicional, que gustaba de personalizar los procesos históricos, vinculaba a los nombres de los Gracos, de Catilina, y a la oposición de Mario y Sila y de Pompeyo y César. La Edad Media giró durante siglos, en algunos lugares de Europa, alrededor de la violenta lucha de güelfos y gibelinos. Esta lucha, que se presenta con caracteres sorprendentemente modernos, revela con claridad con qué notas debe caracterizarse el espíritu de facción. Después, basta recordar el desarrollo de las luchas dinásticas, transformadas en luchas facciosas, las contien-

das de los grupos feudales contra la tendencia absolutista de los monarcas; el carácter faccioso de las guerras de religión; las luchas político-sociales que comienzan con la Revolución Francesa; el establecimiento de la aristocracia en Austria, con la política de Metternich y la Restauración. Se llega así a las contiendas del movimiento liberal, a las sociedades secretas, al 48, a la Comuna de París, a las proyecciones americanas de estos hechos. Nuestra propia historia nos ofrece abundantes ejemplos para documentar este concepto del espíritu de facción, hecho carne en la disidencia entre españoles y criollos, entre federales y unitarios después.

Es así como el espíritu de facción se ofrece a lo largo de una nutrida historia, en cada uno de cuyos momentos lo que fundamentalmente valía y creaba historia, lo que fundamentalmente expresaba el momento histórico, era el espíritu de facción y la acción que de él se derivaba.

El presente

Este espíritu de facción se nos impone como clima social de nuestro tiempo. Con mayor o menor agudeza, con mayor o menor acritud, según los instantes, la solución de los problemas económico-sociales se ha planteado en forma tal que agrupa enormes fuerzas de cada lado, homogéneas en sus intereses y en su cosmo-

visión, y que no toleran el desperdicio de energías combativas en esfuerzos individuales, y, por individuales, políticamente estériles. La facción considera así contrario todo esfuerzo que no se ajuste exactamente a su dirección y hasta considera contrario al indiferente por su indiferencia. De aquí que sea lícito ser independiente, proclamar una abstención en la lucha de las facciones, sostener la libertad individual para decidir la conducta. Pero me parece evidente que es a precio subido: a precio de quedar fuera de la vida política y de no significar, en ella, nada.

El intelectual

Solamente en estos términos y sobre estas bases me parece claro plantear el llamado problema del intelectual o del artista.

Cuando el intelectual o el artista juzga imprescindible detenerse a meditar sobre las posibilidades de su arte está presuponiendo que carece de fuerza su propia intuición o ha perdido, al menos, la confianza en su validez. Hay aquí una confesión gravísima. No hay por qué suponer que el artista o el escritor de hoy estén peor dotados que los de otros tiempos; su incapacidad para expresar es exclusivamente indecisión, inseguridad sobre el valor de la propia espontaneidad.

Es falso creer que esta inseguridad se corrige intelectual-

mente, mediante una reflexión que no salga de los límites del problema meramente profesional. El intelectual o el artista se plantea entonces el complejo problema histórico de su tiempo y quiere aportar a la realidad político-social una visión sacada de su reflexión profesional, medida con el ritmo del tiempo que usa el especulativo o el artista y dirigida hacia ciertos valores del espíritu, imperecederos, pero que en cada circunstancia histórica se miden según ciertas urgencias, que, por básicas y primigenias, no permiten aplazamiento. Y frente a la lucha que la solución de estos problemas provoca, frente a este conflicto de facciones, el intelectual o el artista resuelve proclamar su independencia, cuando no su aislamiento absoluto.

Hay aquí algo que es lícito al intelectual o al artista, y algo que no lo es. En tanto que artista, en tanto que escritor, proclame su independencia y obre de acuerdo con ella: hay evidentemente un cierto plano de la cultura lo suficientemente objetivo para que se permita este distingo. Pero acepte los riesgos de su actitud. Y si una vocación íntima o un sentido del deber de la hora lo lleva a inclinarse sobre los problemas político-sociales, no intente dirigirlos o encaminarlos con los presupuestos de su función específica, con los esquemas de su estructura mental y con los criterios de acción que se elaboran en los gabinetes: ya sabemos desde Platón el resultado de esta traducción de destinos.

El hombre de cultura tiene un ritmo de vida y de perdurabilidad que es irreducible a la vida política y a las exigencias de la acción; sería el más imperdonable de los errores, en quien tenga trato frecuente con la experiencia histórica, el querer trasladar a la acción los esquemas típicos del ejercicio intelectual. Proclámese la libertad del escritor en tanto que el escritor, si se cree que pueda sustraerse con eso a la polarización de las facciones; explore el intelectual aquellos dominios que le están reservados y ponga su esfuerzo al servicio de una facción, o adscribábase a un sector donde sea lícito mantenerse equidistante, o, si lo prefiere, escale las alturas de las elaboraciones de la filosofía política o de la utopía pura. Pero cuando se trate del menester de la política — tan efímero que sólo puede ser cotidiano porque en seguida se siente historia — debe evitarse el dejarse arrastrar hacia esquemas racionalmente concebidos, postulando para una realidad agitada por el choque de las facciones, irrealizables sueños de aislamiento, de soluciones utópicas o de concordias evangélicas.

JOSE LUIS ROMERO

MAR ENLUNECIDO

*Fantasmal palomar de luna llena,
blancura el horizonte rebosando
de anticipadas albas.*

Luz ajena.

*No es tu luna esta luna tan serena
— dormido mar — por tí la estoy soñando.
Tu sueño están velando
inútiles estrellas parpadeantes.*

*Así sereis vosotras, las distantes
noches, ya más allá del calendario:
albor de mármol, como un sueño ciego,
mar en reposo, mudo campanario,
frío de umbral y única pausa luego.*

*¿Sereis así, nevadas de otros mundos
en los senos profundos
de eternidad abierta?*

*¿O fuisteis ya en el nuestro que nacía
cuando el tiempo en agraz aún no tenía
higos de sol sino esta leche incierta?*

*Con su espejo de siglos luz antigua
la luna restituye:*

*luz de vírgenes algas, luz que fluye
de mares sin naufragios y sin nombres,
cuando un día infantil y sin bautizo
balbucía su hechizo:*

esta luz — hoy recuerdo — entre los hombres.

*De eternidad — ¡oh noche! encanecida
— de doble eternidad de ayer y luego —
ante tu cal y polvo cae la vida*

y nada significa

ya su fuego.

Frente a tu blanca valla

la exactitud en tu regazo abdica

y certidumbre se resigna y calla.

*Helada irrealidad. Horas perdidas
en esta de otras noches ya ceniza.
¿Somos sueño del mar que se desliza
sobre el mar de dormidas
olas con vano empeño?
¿Qué es sino tiempo el mar, y tiempo y sueño
— amargura y vaivén — son nuestras vidas?*

EDUARDO GONZALEZ LANUZA

CARTA A FEDERICO GARCIA LORCA

*(Después del estreno de "Doña Rosita la Soltera",
en Buenos Aires).*

"Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verdes ramas".

Estos fueron los primeros versos que te oí recitar, Federico. En Madrid, hacen 7 años. Los versos de tu Romance Sonámbulo. Esa noche te veía por primera vez y pensaba: "¡Cuánta vida!". Porque en tí todo era abundancia de vida, riqueza de vida, alegría siempre renovada de vivir.

Esta noche, al ver tu pieza, era a tí a quien volvía a ver; la voz de los actores me traía la tuya. La tuya repitiendo esos versos que yo te obligué a repetir aquella otra noche en que me encontré contigo por primera vez; esos versos de tu Romance Sonámbulo.

"¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?

.....

Trescientas rosas morenas

lleva tu pechera blanca".

Cuando oigo tus versos, cuando en esa pieza que acabo de escuchar sopla el viento de tu lirismo y de tu travesura, viento de primavera que se lleva jardines enteros, ¡cómo te siento de vivo! Vivo de esa vida tuya de niño contento en la tierra como en una juguetería. Y entonces no puedo creer que...

*“Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca”.*

Parecías tan poco hecho para esa clase de rosas, Federico. Tan poco hecho para lo que las derramó, atrocemente.

Las trescientas rosas, íbas tú a dárnoslas a tu manera. Pero te las han arrancado estúpidamente, bárbaramente del corazón, impidiendo así que florecieran.

Quería escribir algo sobre tu pieza. No puedo. Surges ante ella y me la ocultas. Me dices:

*“¿No ves la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?*

... ..

Trescientas rosas morenas.

lleva tu pechera blanca”.

Me lo dice tu voz de Madrid de hacen 7 años. Y yo, Federico García Lorca, te contesto:

Estás en el canto de la Tierra y no en el silencio de la Tierra.

Todos nos damos la mano, como cuando jugábamos de chicos a la ronda.

Todos nos damos la mano y unos pasan antes y otros después.

Federico García Lorca, ¿me oyes?

Seguimos de la mano; así es el juego.

Ríes con una risa que suena a infancia.

Esa infancia tuya que era como el color de tu alegría.

Ríes en el silencio de la tierra porque estás en el canto de la tierra.

“Trescientas rosas morenas”

no han logrado ahogar tu risa de niño y seguimos de la mano. Así es el juego.

¿Me oyes, Federico García Lorca?

VICTORIA OCAMPO

NOTAS

CUESTIONES CIENTIFICAS DE NUESTRO TIEMPO

LOS PROBLEMAS DE LA CIENCIA

En su afán de objetividad, signo auténtico de nuestro tiempo, la ciencia trata de encontrarse a sí misma.

Mientras la producción científica, de todos los sectores, prosigue incesantemente en universidades, institutos, laboratorios y museos, investigaciones de otro orden, que cada día adquieren mayor interés y actualidad, tratan de precisar, lo más nitidamente posible, el perfil de la ciencia, descubrir las leyes que rigen su anatomía y su fisiología y establecer las correlaciones que este peculiar quehacer humano mantiene con las demás actividades espirituales del hombre.

La tarea no es sencilla, pues no es fácil acotar un territorio, cuyas provincias no están delimitadas claramente y cuyo contorno fluctúa ante las penetraciones recíprocas que se infiltran en las zonas limítrofes.

Una cuestión de límites plantea, precisamente, uno de los problemas de mayor importancia; el de la distinción entre ciencia y filosofía: ¿existe una frontera que separa ambas disciplinas, o una de ellas es parte integrante de la otra?; ¿la llamada filosofía científica, proporciona una solución natural del problema, o es un estado tapón creado artificialmente?

Las cosas no se presentan más claras en el interior mismo de la ciencia. Al lado de la eterna cuestión de la "unidad de la ciencia", planteada de maneras distintas y resuelta con criterios diferentes, surge otro problema, provocado por la existencia de una provincia científica, a la que más de una vez se ha atribuído pretensiones de expansión imperialis-

ta. Es la matemática, la "ciencia por excelencia", según una discutida acepción etimológica, la venerable ciencia que ha visto inscrito su nombre en el pórtico de la Academia platónica, que ha sido rimada en las cortes medioevales, persas e hindúes, que a través del desierto los árabes transportaron a la Europa renacentista, que creció y fructificó a la sombra de Descartes, Newton y Leibniz y que contribuyó, de modo decisivo, a la actual civilización material. Las características propias de la matemática, y en especial el papel que esta ciencia desempeña en la construcción de las ciencias naturales, han planteado y aún plantean una serie de problemas, algunos de los cuales no se titubea en calificar de enigmas o milagros.

Paralelamente a estos problemas de un orden, digámoslo así, territorial, se presentan otros, de carácter distinto, relacionados con los recursos auxiliares que utiliza toda construcción científica: la lógica, instrumento formal, y el lenguaje, instrumento más material. Lógica y lenguaje son medios de expresión que no intervienen únicamente en la ciencia; la filosofía discurre lógicamente, el lenguaje se transfigura en la poesía, lógica y lenguaje se utilizan en la vida diaria; de ahí la importancia y necesidad de precisar exactamente la función científica de esos instrumentos e impedir que, protegidos por su manto, se introduzcan en la ciencia problemas aparentes o cuestiones carentes de significado desde el punto de vista científico.

Los problemas anteriores aluden a una ciencia "hecha", a una ciencia considerada como "ser". Pero la ciencia es, además, el residuo o resultado de algo que "se hace", de un "devenir" constante, de un doble proceso: individual y colectivo. De ahí nuevos problemas que consideren la ciencia bajo estos aspectos: el aspecto psicológico, que da cuenta de la génesis de los conceptos científicos en el individuo, y el aspecto histórico-cultural, con proyecciones sociológicas, que enfoca la evolución y transformación de esos conceptos, las aplicaciones y consecuencias para la vida humana. Si no se precisa claramente esta distinción entre ciencia "hecha" y ciencia que "se hace", fácilmente se tiñe la ciencia de psicologismo o de historicismo.

Por último, entretejido con esta doble capa de cuestiones que envuelve la ciencia y que, claro es, no contribuye a aclarar su concepto,

vive otro problema, que ha recobrado excepcional interés en estos últimos tiempos. Es el que se refiere a la ciencia y la realidad, al papel que desempeña el mundo exterior en la construcción científica, al significado de la experimentación con su actual característica de torturante interrogatorio a la naturaleza, cuestiones que introducen en la ciencia, proyectados por la sombra de Hume, los clásicos problemas de la inducción y la causalidad que, a su vez, arrastran el de la probabilidad.

No podría asegurarse que estos problemas son de hoy, pero sí, que hasta hoy han sido tratados, por lo menos, en forma incompleta. Los filósofos, sin estar siempre al corriente de los progresos científicos y, a veces, no enterados de la dinámica interna de la ciencia, han encarado esos problemas desconociendo, a sabiendas o no, los métodos y técnicas de las ciencias particulares. Por su parte los científicos, ignorantes, por lo común, de la contribución filosófica a esos problemas y, en su mayoría, escépticos frente a los mismos y sus soluciones, raramente se ocuparon de ellos, reputándolos, por lo demás, innecesarios para el feliz éxito de sus investigaciones particulares, y, en general, cuando tomaron posición, adoptando posturas antifilosóficas.

Pero ahora un inesperado flujo y reflujo se ha producido entre ciencia y filosofía. Mientras conceptos como los de espacio, tiempo, causalidad, etc., cuyo estudio pertenecía a la filosofía tradicional, ha entrado de lleno en la ciencia exigiendo definiciones claras y precisas, traducibles en expresiones matemáticas, otros conceptos como los de materia, naturaleza, etc., por carecer de un sentido único, han sido desterrados del terreno científico y devueltos en bandeja de plata, no sin leve ironía, a la filosofía, en cuyo maternal regazo, amplio y hospitalario, han encontrado nuevamente refugio.

Este intercambio ha provocado mutuas reacciones, que ha permitido contemplar y plantear estos problemas suscitados por la ciencia, con mayor claridad y precisión. Para los científicos ya no constituyen distracciones domingueras, pues forman parte de sus investigaciones habituales y para los filósofos representan una valiosa contribución a la comprensión y aclaración de su propia disciplina, en especial de una de sus ramas: la teoría del conocimiento.

Algunos aspectos de estos problemas han sido considerados, si no dilucidados, en el Congreso Internacional de Filosofía Científica, celebrado en París en 1935, y del cual acaban de aparecer publicadas las comunicaciones presentadas al mismo. Podría objetarse a ese Congreso haber sido unilateral, pues en él intervinieron exclusivamente científicos y cultores de la filosofía científica, y de éstos, la mayoría representada por adeptos de la escuela del "empirismo lógico" (designada también, entre otros nombres, con el ya impropio de "Círculo de Viena"), tendencia radical que tuvo a su cargo la organización del Congreso y que mantuvo en él la voz cantante.

Esta escuela, a la que se deben importantes investigaciones acerca del papel del lenguaje, de la lógica y de la matemática en la construcción científica y algunos de cuyos miembros pregonan un "fiscalismo", es irreductiblemente antimetafísica y, en cierto sentido, antifilosófica. Es de lamentar que no se hayan publicado las discusiones promovidas en el Congreso, pero las palabras de L. Rougier al clausurarlo, parecen indicar que a consecuencia de los debates, el empirismo lógico cedió parte de su extremismo.

Sin embargo la solución de estos problemas se logrará más fácilmente mediante la colaboración de la ciencia, con sus técnicas y métodos particulares y de la filosofía, de la vieja filosofía clásica, con sus problemas, nuevos y renovados. Ciencia y filosofía, productos igualmente genuinos del pensamiento humano, se superponen parcialmente, y esa zona común muestra precisamente la existencia de mutuas relaciones, como las manos que se estrechan indican las relaciones amistosas entre dos seres. Analizar y aclarar esa zona en que ciencia y filosofía parecen confundirse, será pues el medio más eficaz para destacar las características propias de cada una, pero para eso debemos acercarnos a ella, no con el prejuicio, algo ingenuo y simplón del "esto o aquello", sino con la esperanza de mantener, sin sacrificios estériles, la rica y compleja convivencia del "esto y aquello".

Santa Fe, 1937

JOSE BABINI

CENTENARIOS

LARRA

Pacientemente he esperado que la fecha del aniversario doblase el cabo ritual de días otorgado a los ecos y prolongaciones de toda conmemoración. Pero en vano. Durante todo el mes de febrero no he visto ni una sola mención en la Prensa europea, en todos los diarios y revistas que pueden abarcarse desde París. Nadie ha escrito el nombre de Larra cuyo primer centenario de la muerte se cumplía el 13 del pasado mes. En cambio, los comentarios y las evocaciones tributadas al centenario de la muerte de Pushkin — acontecido dos fechas antes — han sido, como todos habrán podido advertir, numerosísimos, incontables. ¿Por qué esa diferencia de trato? Precisar sus motivos nos llevaría a inquisiciones demasiado lejanas. Preguntémonos únicamente: ¿acaso la obra de Larra tiene menor importancia en sí misma e históricamente dentro de nuestra literatura que la de Pushkin en la rusa? Seguramente no, aunque la contrastación rigurosa al ser hecha por un escritor español correría el riesgo de parecer teñida con un color ajeno a la pura evaluación literaria: el del patriotismo. Ahora bien, se argüirá que la obra de Larra asume quizá un interés puramente nacional. Más tampoco la obra de Pushkin posee ninguna dimensión superfronteriza y ha sido oreada estos días sin asombro de nadie. Carece del gran latido humano, del largo alcance psicológico, de las perspectivas hacia abismos insólitos que se abren en las obras de los maestros posteriores de la misma literatura. "Pushkin — acaba de escribir muy justamente André Gide — no está entre aquellos que han aportado al mundo valores nuevos. Su importancia es la de un estilista". Por el contrario, con Larra aparece una conciencia nueva y una actitud psicológica original ante el fenómeno España.

Lo que acontece, en última instancia, es que la literatura española, no ya la de hoy, ni la del siglo XIX, sino la misma del siglo de oro más co-

mún y beatamente admirada, es desconocida, ignorada de los lectores extranjeros. Su singularidad, su tipicidad, su estrecho enlace con un fondo de historia cargado de peripecias la hacen, sin duda, especialmente apta para despertar el apetito inquisitivo — mejor diríamos el deporte mitad erudito, mitad policiaco — de los especialistas extranjeros, de los hispanistas. Pero los trabajos de estos quedan fatal y casi exclusivamente encerrados en su propio círculo profesional. De ahí que la curiosidad erudita extranjera, tan encomiable por lo demás, no logre llegar con ningún reflejo a los lectores corrientes.

Apenas será necesario, por otra parte, apuntar siquiera el motivo catastrófico — la guerra civil — que absorbe, con relación a España todas las miradas y anula cualquier otro posible motivo de atención. Suerte muy distinta — podemos apuntar irónicamente — hubiera corrido Larra si en lugar de ser una sombra hubiera sido en estos días un escritor vivo, capaz de ser incorporado mas o menos artificiosamente a su lado por cualquiera de los bandos en pugna. Felizmente, lo que de él resta, su obra clarividente, se opone, incluso póstumamente, a esas incorporaciones y desnaturalizaciones partidistas. Y como el mensaje de todo verdadero intelectual, de todo espíritu lúcido, se proyecta más allá de los campos fanáticos y reverbera crudamente con luces de profetismo. ¿Acaso no asume tal significación esta frase epigráfica, lapidaria, dejada caer sobre la tumba presunta del país?: “*Aquí yace media España; murió de la otra media*”. Se dirá que la impresionante, la aterradora clarividencia de ese pronóstico resultaría más exacta si en esa “otra media” España fratricida incluímos los cómplices extranjeros que todos conocen...

Larra es la primera conciencia intelectual europea en la España del siglo XIX. Frente a la España estrecha del primer tercio de ese siglo, frente al ruralismo conformista que viven sus coetáneos apunta tensamente el arco de su crítica. Pues el profetismo melancólico, pesimista no es, en general, más que la última consecuencia del criticismo irónico o exasperado. Actitud, cierto es, que no nace en Larra, que empalma con una corriente tradicional en la literatura española y que está muy lejos de secarse. Sin embargo, del “Pobrecito Hablador” arranca la sistematiza-

ción de esa corriente criticista, moral y psicológica. Pues había en Larra algo, mucho más que un costumbrista. A prueba, la frescura, de cualquiera de sus páginas y el enranciamiento inevitable de aquellas otras de sus coetáneos costumbristas como "El Curioso Parlante" y "El Solitario". Sin embargo, la verdadera imagen cotidiana del siglo, mejor que en las minuciosas descripciones de estos últimos quedó registrada en los sobrios artículos de Larra.

(¿Qué era, cómo fué nuestro siglo XIX, en su vida cotidiana, especialmente la primera mitad, aquella que aún guarda cierta dignidad moral y estética, libre del achabacanamiento denso que esterilizó la última? No sé; pero las intuiciones retrospectivas caprichosas pueden proyectar una luz más clara sobre aquel tiempo que cualquier frío enfilamiento de datos históricos. Si no en vano se ve el XVIII como el "siglo de las luces", si sus techos están constelados de arañas rutilantes yo veo el siglo XIX como un recinto de penumbra. Y hasta de humedad musgosa. Y de polvo entre los cortinajes oscuros. Mejor que en el Museo Romántico de Madrid — caserón genuino, pero al cabo una reconstrucción — yo he sentido la presencia viva del siglo XIX ciertas tardes, siendo niño, al ser llevado de visita familiar a una casa situada en la Plaza del Progreso, no lejos del desaparecido Café del Vapor. (¡Qué nombres ambos tan inconfundiblemente decimonónicos!). Erase un entresuelo, esa categoría de pisos, tan estrecha, tan absurda, hecha sólo como para brindar un rellano en la escalera empinada. Al llegar a él, sombras, y, tras sacudir el cordón de una campanilla, abríase un mirilla en la puerta claveteada. Un pasillo más oscuro daba paso a una sala de respeto, de riguroso respeto — puesto que detenerse allí requería una visita de igual categoría, un acontecimiento insólito, que nunca llegaba — alfombrada, con cortinas remangadas por la cintura, como las de un telón de teatro. Caballeros de calzón corto y damas de ojos hipnóticos me miraban desde las paredes en óleos amarillecidos. Sobre una consola, imágenes de santos bajo fanales y velas rizadas. Luego, una criada con una nube en el ojo izquierdo me tomaba de la mano para cruzar otro pasillo, aún más sombrío, haciéndome desembocar en un comedor con vistas al patio, flanqueado de aparadores monumentales. Allí, sentadas a la mesa, tomando chocolate y azucarillos

dos viejecitas apergaminadas, Doña Mariquita y Doña Columba, las amigas de infancia de mi abuela, en 1830).

A Mariano José de Larra más que tomar prestado — mejor dicho rescatar para España — de Beaumarchais el sobrenombre de “Fígaro”, pienso que le hubiera cuadrado apellidarse “El Solitario” mejor que al ligero andaluz Estébanez Calderón. Porque Larra, aunque haya vivido en medio del mundo, gozando inclusive de sus halagos, fué temperamentalmente un solitario incurable. Un hombre solo frente a su época y frente a los suyos. Un hipersensible entre abotargados. Incluso en lo físico su silueta de “dandy” pulido se alza entre gente con lamparones de grasa. Sus fraques azules con botones dorados, sus levitas cortas, entalladas, de poco vuelo y cuello largo han pasado ya a las estampas de leyenda.

Larra ha sentido como nadie y ha personificado hasta un grado patético la tragedia ritual del escritor español. Ya en su primera carta de las Batuecas se pregunta acongojado: “¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?”. Y, más adelante, formula esa frase epigráfica tan repetida y no por ello ya inservible como quisiéramos: “Escribir en España es llorar”

¿Hipérboles románticas? En todo caso no hay que olvidar la atmósfera espiritual, tan cargada de relentes venenosos, en que estas frases fueron vividas y escritas. Ahora bien, Larra a mi juicio es algo más que un romántico, es la imagen entera del romanticismo en España, aunque generalmente no se quiera otorgar esta primacía a un prosista en un movimiento poético como el romanticismo. Y, lo más curioso es que su gloria está cimentada sobre la parte más presuntamente deleznable de la obra: los artículos periodísticos, relegibles ayer y hoy, en tanto que sus demás producciones — una novela, algunas piezas de teatro, versos sueltos — han naufragado. Con esos artículos Larra crea un género tan fructuoso en España como el periodismo literario. Así pués, Larra puso íntegra su fortuna sobre el naipe de circunstancias, sobre “le bel aujourd’hui” y ganó la partida.

La paradoja aparente continúa si desfloramos, al pasar, — como sólo me es posible hacerle en estas líneas, escritas casi de memoria, privado

de documentación — el capítulo de las influencias que obraron sobre Larra. ¿Se recuerda quien fué en cierto modo su modelo más inmediato? Un escritor francés de segunda línea como E. J. Jouy, rigurosamente olvidado en Francia, pero cuya importancia reside en el influjo que ejerció sobre Larra tanto como sobre Mesonero Romanos y Estébanez Calderón. También Courrier deja sobre "Figaro" algunas huellas. Pero el epíteto de "afrancesado", con que en su tiempo se le gratificó, no finca tanto en estos préstamos, después de todo secundarios, como en la avidez hacia otros horizontes que los nacionales abiertos en sus artículos. Había en él, cierto es, la superposición de dos educaciones, la española y la francesa — ya que aprendió a escribir en este idioma, durante los años que su padre vivió desterrado, al salir José Napoleón de Madrid, como médico suyo — pero su galicismo no pasa de ser un aspecto de su europeísmo. Y, en el fondo, su prosa y su espíritu rezuman españolismo de la mejor ley. Larra se yergue en nuestra perspectiva inmediata — un siglo no le aleja de nosotros, antes le acerca — como el primero insatisfecho, como un genial disconforme. Es el primero que se plantea crudamente la pregunta que habría de llenar una centuria: ¿que es España?. Al no obtener una respuesta placiente su sentido criticista de las realidades cotidianas se torna acerbo, implacable; se diría que llega inclusive en ocasiones al masoquismo. Nadie como él, ningún país como el nuestro, que él sentía en carne viva, ha llegado tan lejos en esa autovivisección crítica. Quizá demasiado lejos: hasta el desgarramiento implacable.

París, marzo de 1937.

GUILLERMO DE TORRE

SWINBURNE

En el menos iluminativo de sus ensayos — *Swinburne as poet*, 1920 — Eliot propone la compilación de una antología de Swinburne y enumera sus piezas fundamentales: *The leper*, *Laus Veneris*, *The Triumph of Time...* Como siempre, la selección es típica del editor, no del editado. “No hay quizá otro poema que sería un indiscutible error omitir” declara Eliot; pero de los tres que señala, el primero es un monólogo dramático a la manera de Browning o de Tennyson (del admirable Tennyson de *Ulysses* y de *St. Simeon Stylites*) y el tercero debe su gloria a ser una de las pocas efusiones autobiográficas que suministra la obra de Swinburne — que casi careció de biografía, al decir de sus biógrafos. (El más famoso de los versos del *Triumph*:

I shall never be friends again with roses

no parece de Swinburne). Descontados los dos, la antología swinburniana de Eliot queda limitada a un solo poema: la justamente célebre *Laus Veneris*, que nos trasmite — ¡al fin! — la voz fundamental del poeta.

Lo anterior significa que esa voz no le agrada a Eliot. Mejor dicho: ya no le agrada a Eliot. A Eliot y a Inglaterra. Así lo ha demostrado el primer centenario de Swinburne. Los hábitos literarios ingleses rechazan con parejo rigor la diatriba y el ditirambo; pero la indiferencia y la fatiga son perceptibles. El hombre Swinburne interesa muy poco. La pésima costumbre contemporánea de reducir la obra a un mero documento del hombre, a un puro testimonio de orden biográfico, ha deformado la valoración de la obra. Ha hecho con Swinburne lo que hizo con Wilde. Este — ¿quién los recuerda? — compuso *La casa de la ramera* y *La esfinge*; éste — ¿quién no lo sabe? — armó la heterogénea *Balada de la Cárcel de Reading*. Nadie recuerda los primeros poemas; el último es famoso. La razón es clara: los primeros son decorativos (género a priori abominable para las convenciones de hoy): el último es “humano”. Esa injusticia es tolerable en el caso de Wilde; no lo es en el de Swinburne, ya que com-

portaría la omisión de obras literalmente espléndidas: de *Ave atque Vale*, de *Itylus*, de *Anactoria*, de *The Masque of Queen Bersabe*, de *Dolores*, de *Awolibah*, de *Hermaphroditus*, de los grandes coros de *Atalanta*, de *A wasted vigil*...

Oigo que ha muerto el ateísmo de Swinburne, su fe republicana. Perdura en mis oídos y en mi boca el intachado goce físico de su métrica. Ese goce que cabe en unos versos:

Men shall not see bright fire nor hear the sea,
Nor mix their hearts with music, nor behold
Cast forth of heaven, with feet of awful gold
And plumeless wings that make the bright air blind,
Lightning, with thunder for a hound behind...

O en uno solo:

The thunder of the trumpets of the night.

No hay biógrafo de Swinburne que no deplora la pobreza de la biografía de Swinburne. Vida y muerte le han faltado a esa vida, parecen decir todos. Olvidan su opulencia intelectual: su lúcida invención y afinación de melodías verbales.

JORGE LUIS BORGES

CRITICA DE ARTE

IV SALON DE OTOÑO DE LA SOCIEDAD ARGENTINA DE ARTISTAS PLASTICOS

Recorriendo los nombres del jurado organizador de este Salón es imposible pensar que sus miembros ignoren los defectos — que por otra parte son los acostumbrados — del IV Salón de Otoño. La presencia, en el jurado, de Badi, cuyo espíritu crítico inteligente y modernísimo es notorio, nos quita toda duda. Hecha esta comprobación, convencidos de la inutilidad de catalogar los acostumbrados errores y defectos, invitamos al nuevo *Consejo Directivo* de la Sociedad de Artistas Plásticos a tomar en consideración, desde ahora, una reforma organizadora, o del Estatuto — si es necesario — de manera de llegar a presentar el año próximo un Salón modelo que pueda iluminar y guiar a los organizadores del Salón Nacional. Por otra parte, está en las aspiraciones de la Sociedad de Artistas Plásticos — como lo subraya muchas veces el número de tres de “Forma” en la relación sobre la labor desarrollada — la de mejorar la situación colectiva del artista y especialmente elevar y valorizar las artes plásticas en el ámbito de la vida nacional. Deseamos sugerir, a propósito del Salón de Otoño, una idea rudimentaria que quiere tener, como todo fin, abrir una eventual y fructífera discusión. Calculando que la Sociedad de Artistas Plásticos, por su formación misma, no puede afrontar un rigor selectivo, difícilmente comprensible y aceptable para muchos socios, pensamos que podría resolverse esa dificultad haciendo un Salón preventivo libre para todos los socios y sin Jurado de aceptación, que tuviera lugar en los locales de la misma sociedad, de carácter familiar, para ser más claros. Como consecuencia de ese Salón resultaría la eliminación — lo más seria posible — para presentarse al Salón de Otoño en Amigos del Arte.

Suponemos las inmensas dificultades que pueden surgir de esta idea

o de cualquier otra más juiciosa, tendiente a la selección de valores reales, pero suponemos también las grandísimas ventajas y el prestigio que asumiría la Sociedad — y eso en ventaja de todos los socios, indistintamente — si todos los actos y las manifestaciones de la Sociedad de Artistas Plásticos fueran inspirados por un rigor inteligente en único favor del arte.

Las cinco salas están repletas de cuadros; hay pocas esculturas y pocos dibujos; una especie de vía-crucis infligida a quien ama el arte. Sería injusto sacar, de este Salón, conclusiones sobre la potencialidad de la pintura argentina actual, porque algunos artistas que han expuesto obras en él han pintado ya otras cosas mucho más importantes, y, ciertamente, pintarán obras mejores que las expuestas, pero el valor de este salón no está lejos de ser el balance de una escasa cosecha.

La primera sala arreglada con la más sutil sagacidad, en cuanto a la colocación de las obras, resulta un conjunto atractivo aunque luego esa sensación se apague un poco a medida que se toma mayor contacto con los trabajos. Butler no expone una de sus obras más felices, aunque brotan siempre de su trazo ágil sensibles armonías. Los objetos que componen la "Naturaleza muerta" se reducen a sólo pretextos, porque la atmósfera no está suficientemente impregnada de emoción pictórica. Del Prete, en esta ocasión, nos quita las palabras de la pluma con una especie de traición; habíamos esperado tanto en una línea continuada después de la posición asumida en su última exposición personal en Amigos del Arte que sus dos envíos contradictorios e inferiores a sus posibilidades nos han desalentado. No retiramos ni una palabra de cuanto hemos escrito en estas mismas páginas pero queremos hacerle, a Del Prete, una indicación: en arte basta *vencer* porque se trabaja en un campo en que las especulaciones vacías y superlativas se paralizan automáticamente; *ultra-vencer*, no es posible sino en relación a las caídas.

Tampoco Badi busca elogios para su "Descendimiento"; nos muestra siempre su ductilidad, su inteligencia para una pintura arriesgada, pero no nos prepara nunca una sorpresa que esperamos con confianza hasta de amigos. Héctor Basaldúa en "Mujer con mandolina" muestra su predilección por la composición simple: una figura central que ocupa todo el alto del cuadro con detalles fugaces de ambiente: Si debiéramos

elegir, dentro de la pintura de Basaldúa, no vacilaríamos en escoger un trabajo al óleo porque en el temple — como puede verse en la obra expuesta — el color no vibra con una intensidad equivalente a la franqueza ágil de la pincelada. Pero para quien sabe gustar de la belleza hay, en la "Mujer con mandolina", originalidades improvisadas de claro-oscuro que hacen siempre interesante el trabajo de Basaldúa. Junto a Basaldúa está colocada "La romántica" de L. Mulhall Gironde en contraste violento de técnica y de sentimiento. L. Mulhall Gironde sabe pintar, posee un modo suyo emocional; lástima que sobre esas cualidades naturales construya un esqueleto de virtuosismo que nos obliga a mirar con simpatía un cuadro colocado a su lado, de buena e ingenua ejecución, titulado "Comparsa" de Celita Cornero Latorre.

Emilio Pettoruti con su "El hombre de la flor amarilla" parece querer trasladarnos a otro mundo de ideas, parece querernos arrancar del mundo representativo no dominado por la geometría. No es una de las mejores obras de Pettoruti; parece que al color le faltara substancia intrínseca; Pettoruti nos ha acostumbrado demasiado al vigor de sus obras, siempre armoniosas, para que no nos choque ni la menor debilidad. Antonio Berni continúa componiendo figuras sin alma. "Retrato" es otro ejercicio de virtuosismo inútil. Hasta en los maniqués de escaparate, luego de haber probado todos los medios de la copia plástica y fotográfica del hombre, hoy se buscan formas estilizadas y se pintan, abstractamente, de rojo, azul, negro, etc. Es una curiosa paradoja ese "realismo" de Berni que olvida las emociones del ser viviente para ofrecernos figuras de un estaticismo inerte, sin ni siquiera la atmósfera de pánico que saben extraer algunos surrealistas de las figuras sin alma. Invitamos a Berni a reflexionar en nombre de las posibilidades no limitadas que le adjudicamos. Una sorpresa ha reservado para nosotros Demetrio Urruchúa; recordábamos de él dibujos inexpresivos que no podían, ciertamente, hacernos prever las dos magníficas monocopias de vigor plástico y de expresión dramática. Si Urruchúa hubiera sabido eliminar la nariz en triángulo que responde a una fría estilización de receta, hubiera obtenido más unidad y armonía.

Pasan frente a nuestros ojos las obras de Centurión, Larrañaga y otros que merecen los favores de la crítica de los diarios importantes.

Pero a nosotros, francamente, no nos ponen en vena de elogios. Centurión ostenta su habilidad que, afortunadamente, es más grande y más sólida que la de Larrañaga; nos atraen más seriamente Ramón Gómez Cornet e Iván Vasileff que exponen en la misma sala.

Gómez Cornet no se destaca nunca por la originalidad de su envío; quiere que quien mire sus cuadros se aficione a él y vaya a buscarlo en cada exposición aunque esté perdido en medio de la confusión más grande; y Gómez Cornet tiene sus aficionados que lo siguen y lo comprenden. Sus retratos de niños son patéticos pero de un patetismo resuelto en valores plásticos; no pide prestados pretextos literarios como, por ejemplo, ambientes con juguetes, etc. La expresión de la boca, la profundidad de la mirada, el color del vestido, un trocito de piel, modesto en cuanto a la proporción, fondos perláceos todo esto le basta a Gómez Cornet para hacer retratos que conmueven y que quedarán. Berni debería reflexionar frente a esos retratos que son verdaderamente "realistas" y no románticos como en apariencia pueden parecer.

Iván Vasileff expone dos obras contradictorias: "Autorretrato" y "Figura". Esta última es, seguramente, uno de los trozos más bellos de pintura del Salón. Vasileff ha logrado en ese trabajo una simplicidad y una unidad de expresión entre dibujo y color que recuerda a Derain. El rojo del vestido, la gracia un poco íntima y descuidada del descote, la fluidez del pelo, animan intensamente la figura, no casualmente, sino porque la materia del color se ha ennoblecido en pintura.

Antes de naufragar en la zona de los valores confusionistas vemos los dos trabajos enviados por Pissarro que se elevan por la intimidad y la sinceridad de intención que de ellos emana; vemos una naturaleza muerta de Pedone bien pintada que se titula "Magnolia"; vemos un concienzudo paisaje de L. F. de Fioravanti; vemos dos envíos de Carlos Miraglia de paleta no desagradable, pero demasiado sucia; vemos lo que expone Domingo Pronato que, sin agregar nada a lo que ya conocemos, se destaca, ciertamente, en categoría, entre los paisajistas expositores. Su pintura como toda la que emana íntimamente de almas apacibles, habla con claridad y fluidez, especialmente a quienes sienten inclinación por su obra. Una desilusión inesperada es la que nos produce Castagnino; su paisaje urbano titulado "La calle cortada", es, sin duda, un trabajo

frustrado. La atmósfera es escenográfica; el color es, más bien, desagradable y falto, totalmente, de perspectiva. Pensamos en el hermosísimo retrato que Castagnino expuso en este mismo Salón, el año pasado, sin explicarnos el retroceso de este año.

Confesamos que la escultura reducida a envíos poco representativos y perdida por las salas, y los dibujos y xilografías colocados en una salita tan inhospitalaria nos neutralizan, no obstante la buena voluntad nuestra, una visión críticamente honesta. Esas secciones son otro problema por resolver en el Salón: o se les da un valor adecuado — ya que no hay necesidad de material de relleno que pueda justificar la aceptación a toda costa — o hay que abolirlos netamente.

CESAR LOPEZ CLARO EN LA GALERIA MOODY

La exposición de López Claro puede prestarse como incidencia — no como destructora crítica personal — para llamar la atención sobre ciertos errores, que se excusan demasiado fácilmente bajo la belleza sentimental de errores de juventud o de tentativas de orientación. Que se deban excusar, o mejor, comprender las desorientaciones y los errores de juventud, estamos perfectamente de acuerdo, pero no podemos estar de acuerdo con la ingenuidad permanente o con la ingenuidad demasiado consciente.

Comprendemos, en toda su complejidad, el dilema de los jóvenes frente al complicadísimo panorama artístico actual, y precisamente por eso, somos severos en principio, contra toda tentativa de explotar, voluntaria o involuntariamente, la confusión como método de pintar. Podemos muy bien ser atraídos, por la simpatía y por el entusiasmo, hacia el mundo de un artista, se nos puede lanzar cabeza abajo en una dada tendencia, pero es imposible, sin caer en amoralidad, intentar crearse una personalidad ficticia con las ventajas ajenas.

En el caso típico de López Claro hemos examinado con más interés y simpatía las pequeñas impresiones a la acuarela porque nos revelaban,

en lo inmediato de la ejecución, inteligencia en el dibujo y posibilidades espontáneas no indiferentes; en cambio nos han dejado indiferentes, las composiciones y los trabajos más importantes porque ni la estructura ni el color lograban cancelar una exagerada pretensión.

López Claro debe pintar, ante todo, con sus fuerzas espontáneas, crearse un mundo suyo emocional; luego, como disciplina crítica, debe pensar siempre en los ojos más expertos que se fijarán en sus cuadros, de los que no puede huir, por ejemplo: un trozo de composición tomada de una atormentada composición de Carrá; un claro-oscuro de un fruto tomado del cubismo, un detalle del realismo de Otto Dix o una deformación de Spilimbergo, porque son cuatro mundos de expresión distintos que no pueden, en absoluto, amalgamarse. Y eso se entiende sin entrar en la cuestión de partidismo de tendencias, sino solamente en nombre de la pintura. López Claro, sobre todos esos errores y desviaciones, tiene la ventaja auténtica de tener sólo 25 años de edad. Trate pues de no perder una ventaja tan envidiable; es el consejo que nos dicta nuestra viva y atenta simpatía por los jóvenes.

ATTILIO ROSSI

MUSICA

ORQUESTA SIN BATUTA

En *La Nación* del 26 de junio del corriente año aparece la siguiente noticia: "Informaciones particulares recibidas de París, coincidentes con versiones circulantes en nuestros medios artísticos, dan cuenta de las gestiones iniciadas por el comisario del pabellón de nuestro país en la Exposición Internacional, D. Rodolfo Alcorta, para la organización de una serie de conciertos sinfónicos de música argentina. Dicha información agrega

que la realización de los trámites previos ha sido confiada a D. Felipe Pedrell, compositor estrechamente vinculado a nuestro ambiente musical, quien dispondrá para el cumplimiento de su misión de la suma de 100.000 francos. Esos conciertos serán tres y se realizarán en septiembre en el teatro del Trocadero, que para ese mes estará terminado. Agrega la noticia que la dirección de esas audiciones ha sido confiada a D. Andrés Gaos."

No nos interesan las personas a quienes la anterior información envuelve. Nos interesa el hecho en sí. El hecho en sí es un hecho grave y el público culto de Buenos Aires conoce sus antecedentes. Un compositor y director de orquesta tan genuino y autorizado como nuestro compatriota Juan José Castro publicó no hace mucho, en el mismo diario, una carta de tono enérgico y argumentación irrefutable donde denunciaba que "el Sr. Gaos ni es compositor ni es argentino" y probaba la deshonestidad artística del mismo al atribuirse, en programa impreso, unas obras de Julián Aguirre.

La adhesión que a dicha carta prestaron personalidades musicales como los Srs. Athos Palma y José André contribuyó a desautorizar del modo más categórico al presunto "director de orquesta" y nos hizo concebir la esperanza de que el Sr. Gaos se vería imposibilitado de dirigir en Europa ninguna audición de música argentina.

Aun hoy, ante la noticia que hemos transcrito, nos resistimos a creer en ello. La responsabilidad de quienes tienen en sus manos estas cosas es demasiado grande para que no esperemos, para que no sigamos esperando una rectificación, no ya por el bien de nuestras artes y por nuestro prestigio en el extranjero, sino por un sentimiento elemental de decoro.

MARIA DE MAEZTU

María de Maeztu está en Buenos Aires. Las palabras que a continuación reproducimos, pronunciadas por Victoria Ocampo previamente a la primera conferencia de la eminente educadora, dicen lo que de ella pensamos en esta casa:

“La revista SUR ha invitado a María de Maeztu a Buenos Aires para que hable de los problemas referentes a la educación de la mujer, a sus derechos y a sus responsabilidades. Y la ha elegido porque nadie mejor que ella puede desarrollar este tema. María de Maeztu ha estado durante 20 años en contacto con la juventud femenina y se ha dedicado a observarla y guiarla. Durante 20 años ha vivido sin apartar jamás su atención, su inteligencia, su fervor, de esa Residencia de señoritas, obra admirable fundada y dirigida, en Madrid, por ella.

“El tesoro de experiencia que lleva hoy consigo María de Maeztu es tan rico como intensa su vocación de educadora.

“¿Qué representa una vocación de esta especie?

“He repetido a menudo que una de las diferencias que coloca en distintos planos al artista genial y al santo es la siguiente: el artista genial se esfuerza en crear la perfección fuera de sí mismo y llega por ese camino a la obra de arte; el santo se esfuerza en crear la perfección dentro de sí mismo y sólo por ese camino llega a la santidad. El artista construye su obra de arte con su vida, pero fuera de ella. El santo construye su obra de arte (su santidad) con su vida, pero dentro de ella.

“Frente al niño, a la mujer le queda un camino único: ese camino no es el del artista. Pues para poner perfección en esa obra de arte, que es la suya, tiene que comenzar por crear perfección dentro de sí misma y no fuera. El niño no tolera que se le modele de acuerdo con un ideal de perfección que no ve realizado en nosotros.

“Al educador, si su vocación es auténtica, no le queda tampoco otro camino. Y si alguien ha nacido con una auténtica vocación de educadora, es María de Maeztu.

“Esto es todo lo que quería yo decirles de ella, pues me sería imposible decir más.

“Me sería imposible decir de otra manera que ese camino fielmente seguido por ella es el más difícil.

“Me sería imposible decir de otra manera que ella lo ha seguido hasta el fin, sin esquivar los muchos sacrificios que la fidelidad a esa vocación exigían de ella.

“Podemos escuchar sus palabras con entera confianza, porque detrás de ellas no hallaremos un vacío, como detrás de la mayoría de las palabras que se pronuncian. Detrás de ellas encontraremos una plenitud: la de su vida.

“De cada una de sus palabras María de Maeztu ha respondido y responde con su vida”.

EL PROLETARIADO DE LA MUJER SEGUN MOUNIER Y SEGUN BERGAMIN

En mi carta a José Bergamín, publicada en el número 32 de SUR, decía yo entre otras cosas:

“Lucha usted hoy, en su España, por la masa de los hombres que sólo conocen miseria, servidumbre y opresión. Está usted contra la explotación del hombre por el hombre. Sé muy bien lo que un ideal de esa categoría significa en momentos como los presentes. Sé muy bien los sacrificios que implica. Pero, ¿se le ha ocurrido a usted jamás el pensar que ha existido y existe aún en el mundo otra explotación más odiosa que ésta: la de la mujer por el hombre? Me refiero a la posición de inferioridad absoluta en que se han visto obligadas a vivir, desde hace siglos, las mujeres, y que comienza hoy a variar. Me refiero a las condiciones de *existencia no privilegiada* a las que el hombre las ha reducido por la fuerza en todas las clases sociales. Me refiero a la humillación de haber sido tratadas por las leyes de los hombres, durante siglos, como menores de edad, como incapaces, como insanas a quienes se les niega responsabilidad verdadera.

"Este problema, esta injusticia horrible han sido y son para mí realidades tremendas y candentes, como para usted las del proletariado. Las he sufrido en carne viva, como sufre usted la revolución española.

"¿Cree usted que yo pueda estar con los que quieren prolongar, sustentar, reafirmar tales injusticias?"

Contestando a esta carta recibí otra en la que se me decía: "Si ha habido *ofensa, agravio personal para Vd.*, le pido, con veracidad, sin gesto rendido, simple y llanamente, perdón". Y como este párrafo honra siempre a quien lo escribe mucho más que a quien se le dirige, me parece justo mencionarlo (la carta entera fué devuelta por mí a la A.I.A.P.E., institución a través de la cual me había sido enviada, para que hicieran de ella el uso que juzgaran conveniente. Por lo visto, han preferido, esta vez, no darle publicidad ya que no ha aparecido en ningún diario).

Además del párrafo citado hay otro que me parece importante por muy distintas razones, y es el siguiente:

"La suya, su verdad, y su literatura son muy otra cosa. Literatura de verdad, cuando no verdad o mentira literaria. Demasiado literaria. Como la que la lleva a Vd., a esa desdichada comparación feminista entre sus delicados sufrimientos de mujer secreta (sin entre comillas) y los del proletariado trabajador. ¡Que Dios le perdone, Victoria Ocampo, esa... delicada coquetería!"

Dios ha de tener sin duda mucho que perdonarme, pero José Bergamín tiene tan mala puntería — cuando se trata de mí — que nunca da en el blanco y que siempre se aflige por pecados que no son los míos. Me llena de asombro el comprobar con cuánta seguridad evoluciona, sin rozarlos, entre los muchos de que me siento culpable y con qué precisión descubre — para echármelos en cara, — entre la multitud de los que he cometido, los pocos de que me he salvado. Para esto se necesita, claro está, una destreza especial.

Las cosas que Dios ha de perdonarme no tienen nada que ver con "delicadas coqueterías". Son quizá más graves, pero de otra índole, lo repito una vez más, y en cuanto a mi desdichada comparación feminista, acabo de encontrarla bajo la pluma de E. Mounier, director de la revista "Esprit" (*), en unas páginas que aparecen en este mismo número. Bergamín no ha de tener, para desconfiar de este señor, las mismas razones que parece tener para desconfiar de mí. Transcribo en su honor este pasaje:

LA MUJER ES TAMBIEN UNA PERSONA (*Del ensayo "La vida privada", por E. Mounier*). La deformación política que se ensaña en nuestra época no ha desvalorizado solamente los problemas de la vida privada: ha falseado toda su perspectiva. La opinión pública parece plantearse únicamente problemas de hombres, en que sólo los hombres tienen la palabra. Varios cientos de miles de obreros trastornan la

(*) Revista en que colabora José Bergamín.

historia en cada país porque se han dado cuenta de su opresión. Un proletariado espiritual cien veces más numeroso, el de la mujer, continúa fuera de la historia sin causar asombro. Su situación moral no es sin embargo más envidiable, pese a apariencias más brillantes. La imposibilidad, para la persona, de nacer a su vida propia, — que a nuestro parecer define el proletariado todavía más esencialmente que la miseria material, — es el destino de casi todas las mujeres, ricas y pobres, burguesas, obreras y campesinas. Cuando niñas, les han poblado el mundo de misterios, de espantos, de tabús especiales para ellas. Después, sobre ese angustioso universo que no las abandonará más, les han corrido de una vez por todas la cortina frágil, la prisión florida, pero hermética de la falsa feminidad. La mayor parte nunca encontrará escape. Desde ese momento viven con la imaginación no una vida de conquista, una vida abierta, como el muchacho, sino un destino de vencidas, destino cerrado, que ellas no pueden modificar. Se las instala en la sumisión: no la que puede coronar más allá de la persona el don que de sí mismo hace un ser libre, sino la que, por debajo de la persona, es renunciamiento anticipado a su vocación espiritual”.

No se puede sospechar que Mounier hable aquí en nombre de sus “delicados sufrimientos de mujer secreta” (muy agradecida de merecer tan delicado homenaje: el de ver la palabra “pública” intencionalmente reemplazada, supongo, por la palabra “secreta”). Digo pues que a Mounier no se le puede acusar de lo que se me puede acusar a mí; sería curioso saber qué se le ocurriría a Bergamín si se tratara de contestarle a este señor. La idea que Bergamín parece tener de la mujer impide que estas puedan entenderse con él y él con ellas. Empeñada siempre en buscarle una explicación decorosa a sus réplicas, esta es, por lo menos, la única que encuentro.

V. O.

CALENDARIO

(REVISTA DE TEMAS DEL MES)

Adhesión al pueblo. — Antonio Machado, en una carta de aire autobiográfico ("Carta a David Vigodsky", en *Hora de España*, Valencia, abril, 1937) escribe:

"En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos — nuestros barinas — invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva. En España, no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo. La demofilia es entre nosotros un deber elementalísimo de gratitud".



La necesidad de escribir es lo único que justifica al escritor. — Pronto aparecerá en francés un libro inédito de Rainer María Rilke: *Cartas de un poeta joven*. Algunas revistas han anticipado ya fragmentos de este interesante epistolario que constituye en muchas de sus páginas, por modo indirecto, un tratado de estética, mejor dicho, de "ética estética", diciéndolo con la expresión de otro gran poeta.

"Me pregunta usted —escribe el autor de los "Cuadernos de Malte Laurids Brigge" en un pasaje a su joven corresponsal— si sus versos son buenos. Me lo pregunta usted a mí... Pero nadie podrá darle consejo o ayuda, nadie. No hay más que un solo camino. Penetre en usted mismo, busque el deseo que le hace escribir; examine si prende sus raíces en lo más profundo de su corazón. Confiélese consigo mismo: ¿moriría usted si le prohibiesen escribir? Y sobre todo esto: pregúntese en la hora silenciosa de su noche: "¿Soy impulsado a escribir?". Ahonde en usted mismo hacia la más profunda respuesta. Si ésta es afirmativa, si es usted capaz de responder a esta grave interrogación con un neto y sencillo: "Sí, debo" construya entonces su vida con arreglo a esta necesidad".

Y más adelante:

"Una obra de arte es buena cuando nace de una necesidad. Aquello que la juzga es la naturaleza de su origen. Por consiguiente, amigo mío, no puedo darle otro consejo que éste: entre en usted mismo, sondée las profundidades donde mana su vida. Allí encontrará la respuesta a la pregunta: ¿debe usted crear? Recoja de

esta respuesta el sonido sin forzar su sentido. De ahí deducirá usted quizá que el arte le llama. Tome entonces este destino, llévele con usted, con su peso y su grandeza, sin exigir nunca la recompensa que podría venir de fuera. Pues el creador debe ser un universo para él mismo, encontrar todo en sí mismo y en aquella parte de la naturaleza a que se ha entregado”.



Polémica entre Malraux y Trotsky. — Como es sabido el autor de *La condición humana*, tras haber permanecido durante varios meses en España como jefe de una escuadrilla de aviones de bombardeo, en el campo gubernamental, acaba de efectuar un viaje por Norte América recabando la ayuda del pueblo yanqui para los servicios médicos y sanitarios del ejército republicano. Junto con lauros y adhesiones, Malraux ha recibido también ataques. Entre ellos, el de Trotsky, desde México.

“New York —escribe el leader antistaliniano— es el centro de un movimiento que tiene por finalidad la revisión de los procesos de Moscú; para ello y no para otra cosa ha venido Malraux a América... En 1926 Malraux estaba al servicio del Comintern y del Kuomintang en China; es uno de los responsables del sofocamiento de la revolución china... Malraux es orgánicamente incapaz de independencia moral. Es un funcionario por vocación...”.

A todo ello el incriminado contesta (*The Nation*, New York, 27 marzo):

“Trotsky me acusa de ser responsable del sofocamiento de la revolución china, de carácter de independencia moral y, finalmente, de ser agente de Stalin. Con los mismos argumentos yo podría replicar que Hemingway no es más que el pseudónimo literario de Roosevelt o que Trotsky es el autor de los films de Chaplin. Fácil es probar que se ha hecho tal o cual cosa; más difícil es probar que no se ha hecho lo que no se ha hecho. Trotsky ha consagrado varias obras al estudio de la revolución china. Ha atacado personalmente a todos aquellos que creía responsables de ese fracaso; pues bien, hasta ahora nunca me había atribuido ningún papel importante en esa revolución... Cuando Trotsky me califica como agente de Stalin me hace pensar en aquellos generales franceses de la gran guerra que tachaban de agentes alemanes a todos los periodistas extranjeros que no admiraban la forma de sus bigotes. No estar de acuerdo con Trotsky en la cuestión española no equivale necesariamente a ser un agente de Stalin. Yo soy el único escritor francés que defendió públicamente a Trotsky cuando fué expulsado de Francia por Laval. Pero después fuí elegido presidente del Comité para la liberación de Dimitrov. Parece ser que, para Trotsky, la independencia moral no consiste solamente en defenderle a él, sino también en negarse a defender a Dimitrov”.



Tres nuevos académicos de la Academia Mallarmé. — Bajo el nombre del presuntamente menos academizable de los poetas, Mallarmé, se ha constituido hace pocos meses en París una Academia poética. Al conocer los nombres de sus miembros se ha practicado una vez más el juego de recuentos que comienza: "ni son todos los que están..." Pero la incipiente Academia ha superado esa etapa de prueba y actualmente logra ya sufragios de unanimidad más favorable al haberse incorporado tres nuevos miembros de significación indiscutible: Leon-Paul Fargue, Valéry Larbaud y Charles Vildrac. De ellos, por lo demás, y aunque ninguno pertenezca rigurosamente al linaje mallarmeano, el único que conoció personalmente al poeta de *L'après midi d'un faune* y participó en los legendarios martes de la calle de Rome —tan plásticamente evocadas en estas páginas, hace pocos números, por Alfonso Reyes— fué Fargue.



Waldo Frank, Rusia y España. — En un discurso pronunciado ante la asamblea de apertura del Congreso de Escritores, Artistas e Intelectuales Mexicanos, celebrado hace pocas semanas, Waldo Frank emitió algunos conceptos que definen su posición política:

"Debo añadir que mi confianza en la Unión Soviética no significa que la considere el estado ideal, la utopía, ni tampoco que estime a los bolcheviques como superhombres sin tacha. Al contrario, los rusos son seres normales, expuestos, como todos nosotros, al error y al fracaso, y apenas han surgido de un pasado de ignorancia política, de primitivismo cultural, de amargas persecuciones, un pasado cuyas huellas aún llevan marcadas. Tengo el mayor respeto por la tarea que está realizando el pueblo de la Unión Soviética, precisamente a causa de su pobre pasado cultural y político. Tengo una mayor fe en la humanidad, porque he visto lo que un pueblo, como el ruso, está llevando a cabo, a pesar de todos los obstáculos.

"El otro pueblo de Europa que ha arrebatado la espada para tomarla en sus propias manos, es el pueblo de España. Y España nos importa a nosotros, de un modo hondo, de un modo avasallador, hoy, más aún que la Unión Soviética, por esta razón: España está más cerca de nosotros que Rusia, por la cultura y por la sangre."

Y más adelante:

"Ahora bien; hay un gran nombre para designar esta vida que se deriva de la amorosa aceptación de la parte integral de uno en el necesario Todo: ese nombre es "Libertad". Conocer y amar la participación en la necesidad, es ya actuar en ella; y el acto es libertad. Toda revolución social no es sino la creación de los medios para el goce de esa libertad. La experiencia del arte es el medio para reconocer lo que es la libertad, para su naturalización como valor —el valor supremo— en las vidas individuales que constituyen el cuerpo social. El arte trae a las vidas humanas, con términos familiares y materiales de una existencia cotidiana, la experiencia de la libertad. El artista puede llamarse el sacerdote de la libertad."

Después de examinar las posibilidades futuras Waldo Frank concluye:

"Si fracasamos, ¿qué acontecerá? Una revolución, sí; el levantamiento de una clase obrera de las ruinas de un mundo viejo que se desmorona, sí. Pero una revolución hecha por hombres actuando en las tinieblas, propensos a cada momento a los extravíos de la ceguera; una revolución arrogante, rígida, unilateral, desdeñosa, porque no tendrá la conciencia de los valores humanos más profundos; una revolución que sembrará la enemistad entre grandes masas de hombres y mujeres sencillos y que oprimirá la vanguardia de los creadores intelectuales y estéticos. En una palabra, una revolución de ciega necesidad, en la cual el hombre tendrá que luchar, a través de ¡cuántas épocas trágicas!, hacia un nuevo umbral de libertad.

"Pero si nosotros los artistas realizamos nuestra obra en "conjunción dialéctica" con los trabajadores, nuestra revolución tendrá que dar a luz un nuevo mundo".



Roma. — *La libertad de distribuir premios literarios ha sido suprimida. Una autorización previa del Ministerio de Propaganda será necesaria en adelante.*

—*Giovanni Papini ha sido nombrado académico. Desde hace diez años la Academia proponía sistemáticamente su nombre a la voluntad del señor Mussolini.*

(N. R. F., N° 284, mayo de 1937).



En el centenario de Descartes. — "Hay un Descartes legendario y un Descartes verdadero" escribe Maxime-Leroy (*Vendredi*, Paris, 23 abril), tratando de buscar el hombre real, el verdadero Descartes, entre la maraña de interpretaciones que han acumulado los tiempos.

"La posteridad —agrega— ha simplificado al autor del "*Discours de la Méthode*" quien, a través de tres siglos de comentarios escolares, se nos aparece desencarnado, descolorido, espíritu puro, especie de teorema desprendido a lo largo de una fría e impersonal metafísica. El verdadero Descartes es completamente diferente. Es un ser apasionado, agitado, un hombre que tiene nervios, un hombre a quien la metafísica cansó pronto según él mismo nos confió. Si Descartes es un genial geómetra es también un extraordinario personaje romántico".

Y agrega:

"El "*Discurso*" es un asombroso documento psicológico: al confesarse en sus páginas el gran hombre nos inició en la génesis de su método, en el secreto de sus tribulaciones espirituales. Página tras página aparece tal como es: orgulloso, optimista, humano, siempre atractivo. Como autobiografía ese librito no ha envejecido; sigue siendo el vigoroso testimonio de uno de los esfuerzos inventivos más grandiosamente emocionantes que conocemos en la historia del espíritu humano. Merced a ese libro vemos cómo Descartes llegó a hacer de la razón un "instrumento de razón", diciéndolo con la expresiva frase de Sainte-Beuve. En el curso de los años ese instru-

mento ha sufrido numerosas modificaciones, ha soportado variadas vicisitudes; pero no importa, las partes esenciales del mecanismo han logrado escapar a la injuria del tiempo y a la estupidez del hombre".



Sexto centenario de Giotto. — Si Giotto es el pintor del sentimiento no por eso su arte sufre de debilidad. Al contrario, escribe L. Gautier-Vignal (*Marianne*, París, 5 de mayo):

"La humanidad que representa su arte es fuerte y confiada. Se libra de la tristeza y no sueña. Por lo demás, no se soñaba en la Italia de los siglos XIV y XV. La ensoñación, como su hermana la melancolía, son invenciones del siglo XVI y sólo aparecen en el arte con Giorgione en la pintura y con Monteverde en la música. El dolor no se expresaba entonces mediante las lágrimas que apaciguan pero ahogan el corazón; se traducía mediante algún sentimiento violento: cólera o venganza, a menos que se tornase hacia Dios con el fervor de la fe que también condena la tristeza. Y sin embargo, la humanidad de Giotto revela la fatiga y el artista pintó un cierto número de profundos durmientes hundidos en el sueño, con la cabeza en el codo o apoyados sobre la mano que reposa envueltos en los pliegues deslumbrantes de sus mantos. ¿Qué no podría encontrarse en la obra de Giotto? Hay papas, grandes prelados, doctores, mujeres santas, burgueses y también hombres del pueblo, mendigos, negros; inclusive los animales desfilan ante nosotros: ovejas, perros, asnos, caballos y los dromedarios venidos de Oriente con los reyes magos".



La nueva vida de "El Viviente". — Este no es otro que Ortega y Gasset, según lo apellida Rosa Chacel en un entusiasta comentario hecho con motivo de la segunda edición de sus "Obras" (*Hora de España*, Valencia, abril). ¿Es oportuno, inoportuno tal comentario en estos momentos de la vida española, cuando parece imposible considerar nada con lucidez independiente? Rosa Chacel supera esta dificultad, este miedo y escribe:

"Pero hablar de la obra de Ortega en este momento, hablar de Ortega, pues su obra, no es más que un signo de su ser, como su frente o sus manos, encierra la dificultad de compaginar su paso lento, su trazo amplio y desprendido con nuestra mente actual, turbada por tan aceleradas contingencias. Sin embargo, ahora es cuando hay que hablar sin pérdida de momento, ahora es cuando hay que leer o releer la obra de Ortega, para encontrar en ella la frase que dijimos ayer, el pensamiento que estamos pensando, el proyecto de lo que nos disponemos a ejecutar. Amigos y enemigos, discípulos y detractores, tenemos hoy día el pensamiento de Ortega, difundido en la médula del propio pensamiento y como perdido, más hondo que el recuerdo; los que intentamos seguirle, le seguimos hasta cuando creemos estar improvisando, y los que le combaten, le siguen hasta

cuando creen estar combatiéndole. ¿Por qué, pues, le combaten? Ciertamente, a Ortega se le ha combatido sólo por razones políticas, y si hay alguna cosa que exija ponerse en claro, es que Ortega, de política, lo que más clara y reiteradamente ha dicho, es que no hablaba de política. Me refiero a la época anterior a su actuación parlamentaria, y a sus trabajos que podemos llamar extraparlamentarios, aun dentro de esa época: No es posible hablar ahora de la pasión política de Ortega, pasión, en el sentido cristiano y en el profano—; dejemos este tema para tiempos de paz, porque en ese dichoso tiempo venidero, nuestro deber más señalado será armar guerra sin descanso. Pero esto no es esquivar la cuestión, pues, sin ambages, vaya esta afirmación como resumen: en la mayor parte de los juicios de Ortega, y pongamos el más duro para con la actualidad social, "La rebelión de las masas", puede encontrar el pueblo, es decir, el hombre que con una limpia prosapia de humanidad se disponga a beber la clara visión del tiempo nuevo, puede encontrar estimación más acendrada, promesa de porvenir más dilatado y excelso que en el noventa y nueve por ciento de las teorías propugnadoras de la salud social que hoy se acredita. Quede, por tanto, patente, que, soslayar esta faceta de la obra de Ortega, no es considerarla peligrosa, sino tener el convencimiento de que hay en ella mucho que explicar primero."



Los derechos civiles de la mujer en la legislación argentina. — Interrogada por *Noticias Gráficas* (Buenos Aires, 11 de junio) acerca del proyecto de reforma del Código Civil Argentino, Victoria Ocampo ha respondido:

"¿Pero qué opinión puedo tener y qué opinión puede tener toda mujer consciente a ese respecto? Que es monstruosa.

"La reforma del Código Civil, en vez de dar otro paso hacia su perfeccionamiento (como lo dió en 1926 con la ley 11.357), hace marcha atrás. La desigualdad del hombre y de la mujer ante la ley se acentúa de manera absurda y escandalosa. Y esa desigualdad, lejos de estar hecha para proteger a la institución de la familia y a la moral —como parecen creer los señores juristas—, propende a rebajar y envilecer las relaciones entre ambos sexos. Pues las relaciones entre amos y esclavos (y ésta es en realidad la posición que ocupan los cónyuges de acuerdo con el nuevo Código Civil) no pueden sino favorecer y fortificar el crecimiento de pasiones innobles y de instintos bajos, tanto en el que usufructúa de sus privilegios de amo, como el que padece de su condición de esclavo.

"La necesidad de igualdad civil para ambos sexos no puede seriamente discutirse. Mientras no existe, el "standard" de moral en ambos sexos frente uno al otro será bajísimo. Y cuanto mayor sea la desigualdad, más empobrecidos y disminuídos y empequeñecidos quedarán los hombres y las mujeres. Nadie puede beneficiarse de un estado de cosas que atenta no sólo contra la dignidad de la mujer, sino contra la dignidad humana. El destino del hombre y de la mujer están tan íntimamente ligados que no se puede despojar a uno de ellos de sus derechos sin que el otro caiga automáticamente a un nivel inferior: el nivel del que comete una injusticia porque cuenta con la carencia de escrúpulos y con la fuerza material indispensable para imponerla."



Un manifiesto de los escritores católicos franceses. — Suscrito por Jacques Maritain, François Mauriac, Charles du Bos, Jacques Madaule, Gabriel Marcel, Emma-

nuel Mounier, Boris de Schloezer, Stanislas Fumet y otros muchos escritores católicos de Francia, se ha publicado, en relación con los sucesos de España, el siguiente documento:

"La guerra civil española toma en estos momentos, en el País Vasco, un carácter particularmente atroz.

"Ayer fué el bombardeo aéreo de Durango.

"Hoy, por el mismo procedimiento, es la destrucción casi completa de Guernica, ciudad sin defensa y santuario de las tradiciones vascas.

"Centenares de no-combatientes, de mujeres y de niños, han perecido en Durango, en Guernica y en otras ciudades. Bilbao, donde se encuentran en estos momentos millares de refugiados, está amenazada por el mismo peligro.

"Sea cual sea la opinión que se tenga sobre los partidos enfrentados hoy en España, está fuera de dudas el hecho de que el pueblo vasco es un pueblo católico y que el culto público no ha sido interrumpido un solo instante en el País Vasco. En estas condiciones, todos los católicos, sin distinción de partidos, están en la obligación de levantar su voz los primeros, para evitar que el mundo sufra la masacre sin piedad de un pueblo cristiano.

"NADA EXCUSA, CON NADA SE JUSTIFICA, EL BOMBARDEO DE CIUDADES ABIERTAS COMO GUERNICA.

"Nosotros dirigimos un llamamiento angustiado a todos los hombres de corazón del mundo, para que termine inmediatamente la masacre de los no-combatientes."



Escritores españoles en Cuba. — La tormenta de España ha aventado del territorio a alguno de sus mejores espíritus. América, con brazos generosos, ha sabido acogerlos. En La Habana se hallan actualmente Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez. Del Diario Poético de este último (Revista Cubana, enero-marzo 1937), escogemos este trozo:

"He mirado poco el agua, al mar. Mi ser, cuerpo y alma, no estaba en este segundo viaje a América, tan distinto del primero, con el presente mar tranquilo, estúpidamente tranquilo, sino con la lejana, enloquecida tierra."

Y esta "Notilla" sobre una conferencia de Don Ramón Menéndez Pidal:

"La poesía, la literatura española en general, ha seguido (creo yo, D. Ramón) dos líneas "constantes y seguras" desde sus comienzos: una popular, colectiva, impulsiva: (Poema del Cid, Arcipreste de Hita, una parte del Romancero, Marqués de Santillana, Santa Teresa, Lope, Cervantes, Espronceda, Unamuno, Valle-Inclán, García Lorca, por ejemplo); otra minoritaria, individualista, estática: (Bercea, Auto de los Reyes Magos, Garcilaso, Fray Luis de León, Herrera, Góngora, Quevedo, Calderón, Gracián, Duque de Rivas, Rubén Darío, Gabriel Miró, por ejemplo).

"Se ha supuesto con frecuencia que la primera, por realista, por tosca, por recia, etc., es la más española, entendiendo especialmente por español lo "varonil"; y que la otra, por más universal, es menos nacional. Pero lo varonil, ¿no es aquello en que las dos partes del hombre llegan a su plenitud? Fray Luis, libre y recto, que arrostra cárcel, Garcilaso delicado y suspirante, que muere joven en la guerra, ¿no serán más varoniles que el Arcipreste o Lope, perseguidores de mantención, de serranas o monjas, farsantes, acomodaticios, aduladores de todos según llega la hora difícil? Y lo universal, que es cultivo de lo nacional, ¿no da la calidad más alta a la propia poesía? La gran poesía ¿no es, no será siempre la que funde lo popular con lo "aristocrático" en una suma de naturaleza y conciencia; no estará siempre dominada por el espíritu?

"Sea como sea, la mejor poesía contemporánea española viene intentando, más concientemente que nunca, aunque con diverso éxito, unir lo popular y lo "aristocrático", (unión que ya fué conseguida en el mejor Romancero, en Jorge Manrique, en San Juan de la Cruz, en Gil Vicente, en Bécquer), no en una clase media lírica, sino en una sobreclase permanente, de fresco espíritu natural por popular, supremo por idealista.

"(Y ¡ojalá, como en la poesía, pudiera conseguirse esta fusión en la vida, querido D. Ramón!)"



Por la libertad intelectual. — Don Joaquín García Monge —director y editor de *Repertorio Americano*, el semanario de cultura hispánica que desde hace 18 años publicase en San José de Costa Rica— ha sido procesado, a instancias del Ministro de Italia en ese país, por haber publicado un artículo titulado "España, Abisinia blanca", del periodista Francisco Marín Cañas. Este proceso ha suscitado la enérgica protesta de los centros intelectuales de América y Europa. "SUR" se solidariza también con esas protestas.



"Los jacobinos de camisa parda". — En un artículo así titulado, (*L'Ordre Nouveau*, París, N° 36), donde Denis de Rougemont examina con acuidad las líneas fundamentales de la política nazi, leemos este paralelo entre el hitlerismo y el jacobinismo:

"Donde éste recupera toda su significación es en el plano de propaganda y de la táctica totalitarias, una vez que el poder se afirma. La justificación de actos de terror es, a poco, la misma de una y de otra parte. Es el brazo vengador del verdugo, puro entre los puros, que se abate sin escrúpulo humano sobre los enemigos de la nación: siempre es necesario proceder "de prisa" para descubrir un complot en el último instante. Una acción judicial legal acarrea un retardo fatal (¡o demostrado, en la mayor parte de los casos, la existencia de complot!). Hace evitar a cualquier precio que una

prolongada discusión pública permita a los opositores que se reconozcan y se agrupen. Es preciso, en fin, producir horrendo estupor, cuyo efecto infalible es hacer surgir al tirano bajo la especie de un superhombre.

"Hitler puede explicar esta "jacobinización" de Alemania con argumentos muy parecidos a los que utiliza Stalin para justificar su "americanismo". Dirán: es una etapa necesaria; es menester pasar por ella en la dura prueba de la Historia, no se puede saltar una época que otros pueblos han vencido, y precipitarse a pies juntos en el porvenir. A lo que los ergotistas no tardarían en replicar: ¿valía la pena hablar tan mal del espíritu del 89 y de la Declaración de los Derechos del Hombre, para cometer, después de 150 años los mismos errores, en un país que se prestaba a ellos menos que el nuestro? (O bien, contra Stalin: ¿valía la pena denunciar la peste del capitalismo, para declarar luego en el poder: Nosotros haremos más que América?).



¿El personalismo precursor del marxismo? — Al comentar (*Nouvelle Revue Française*, N° 281), los últimos libros de Emmanuel Mounier, "De la Propriété capitaliste a la propriété humaine" y "Manifeste au service du personnalisme", Denis de Rougemont hace estas curiosas confrontaciones:

"En 1932, los marxistas afirmaban aquí mismo —contra los "pequeños personalistas"— que los problemas del hombre y del espíritu no se plantearían ya durante el inmediato medio siglo. ¡Hablar de la primacía de lo espiritual y de lo humano, resultaba fascista! Mas he aquí que cuatro años más tarde el portavoz oficial del partido comunista francés publica una especie de discurso-proclama intitulado *Al servicio del espíritu*. En él se lee que los fascistas son los peores adversarios "de la persona humana, esta gran fuerza espiritual". Y también "que, los comunistas, por encima de todo, ponen al hombre". Y, en fin, "que el partido comunista francés confía en el espíritu para ayudar a resolver los problemas de la paz, de la libertad y del pan de los hombres". A decir verdad, nosotros no esperábamos un triunfo tan rápido; ni de esta calidad... A nosotros nos incumbe ahora la tarea de restituir a las palabras su sentido."



Regreso de la U. R. S. S., por André Gide, publicado en su versión española, con derechos exclusivos, por la Editorial SUR, tiene una continuación. Esta se titula *Retoques a mi regreso de la U. R. S. S.*, y es ya ávidamente esperada por los incontables lectores que tuvo el primer volumen. SUR ha recibido directamente del autor, por deferencia especial de éste, el manuscrito de *Retoques* y este libro, en su versión castellana, podrá ser puesto al alcance del público de lengua española dentro de muy pocos días, al mismo tiempo, o quizá con anterioridad a la edición francesa.

INDICE

	Pág.
La vida privada, por <i>Emmanuel Mounier</i>	7
Noche, por <i>Eduardo Mallea</i>	33
La hora fuera del tiempo, por <i>A. Rolland de Renéville</i>	53
Sobre el espíritu de facción, por <i>José Luis Romero</i>	65
Mar enlunecido, por <i>Eduardo González Lanuza</i>	78
Carta a Federico García Lorca, por <i>Victoria Ocampo</i>	81

NOTAS

CUESTIONES CIENTÍFICAS DE NUESTRO TIEMPO: Los problemas de la ciencia, por <i>José Babini</i>	84
CENTENARIOS: Larra, por <i>Guillermo de Torre</i>	88
Swinburne, por <i>Jorge Luis Borges</i>	93
CRÍTICA DE ARTE: IV Salón de Otoño de la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos, por <i>Attilio Rossi</i>	95
César López Claro en la Galería Moody, por <i>Attilio Rossi</i>	99
MÚSICA: Orquesta sin batuta	100
María de Maeztu	102
El proletariado de la mujer, por <i>V. O.</i>	103
CALENDARIO: (Revista de temas del mes)	106

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Todas las colaboraciones que no llevan al pie indicación alguna respecto al lugar de donde proceden, han sido escritas en Buenos Aires.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.

No se aceptan colaboraciones espontáneas.

ESTE TRIGÉSIMO TERCERO NÚMERO DE "SUR"
ACABOSE DE IMPRIMIR EL DÍA TREINTA
DE JUNIO DE MIL NOVECIENTOS
TREINTA Y SIETE, EN LA IM-
PRENTA LÓPEZ, PERÚ 666,
BUENOS AIRES

